El niño de la bota

ludwig snider suarez

Capítulo 1

El niño de la bota

Índice

1.El niño dios son los papás 8

2.Un sueño hollywoodense 16

3.Letra con sangre entra 26

4. Quita calzones 35

5.El loro comandante 42

6.El lobo comandante 50

7.Virgen santísima 63

8.Poca lucha 72

9.Regreso a la boca del lobo 80

10.El consejo de guerra 90

11.Acta de guerra no 2002-10 100

12. ¡Tres! 103

13.Amapolero 106

¿Y así que de este secreto

¿Nace el río magdalena?

Pobre río lejos de pueblos y ciudades:

No sabe lo que le espera.

Juan Manuel Roca

1.El niño dios son los papás

El niño tomó la arcilla para construir su versión de Eva, pero decidió que esta no debía estar sola como su madre, por lo que partió la figura a la mitad y luego de reconstruirla le creó un leal compañero al que llamó Adán. Su patio de juegos era una falda de montaña a dos días a caballo del pueblo más cercano. Era la inocencia la herramienta indispensable para transformar el barro en vida a través de la imaginación. Ángel vivía en una condición de extrema pobreza. La casa de tierra pisada y techo de caña estaba a punto de caer; la ropa vieja y remendada no aguantaba una costura más. Fue su propia ingenuidad la que le permitió sobrellevar la situación. Jugaba con palos que más tarde se convertían en leña y con ardillas que ocasionalmente cazaba para la cena.

Era 24 de diciembre cuando un hambriento pelotón de infantería del Ejército Nacional liderado por el comandante Lleras, llegó para exigir un sancocho de gallina. Así eran estas visitas; la fuerza pública, las guerrillas y las fuerzas paramilitares aparecían de repente exigiendo atenciones por sus servicios de protección, por defender la patria o por liderar la revolución. Los escasos pobladores de estas montañas aprendieron después de muchos muertos que no podían negarse, pues la vida por miserable que fuera, valía mucho más que una gallina. La rutina era sencilla; cuando un grupo de militantes, de la ideología que fuera llegaba, merodeaba el lugar y hacía un inventario completo de la finca para luego irrumpir en las casas y exigir que les prepararan una vaca, un cerdo o un par de gallinas; si el dueño se negaba era acusado de ser aliado de los

rivales e inmediatamente se organizaba el fusilamiento; toda la familia era arrodillada frente a la casa y con la señal del comandante encargado disparaban los rifles en sincronía.

Los intrusos, en su condición de indeseables se reunían en los amplios corredores de las casas, e intentaban por un instante valerse del olor a leña y de gallinas hirviendo para recordar su hogar perdido en la memoria; imaginaban en el paso fugaz de las sometidas cocineras a sus propias madres o abuelas, y en secreto anhelaban detener la marcha para envejecer alimentando las gallinas que ahora robaban. Todos los milicianos, sin distinción de bando aprovechaban estas paradas para sintonizar un viejo radio portátil; ansiosos como niños pequeños, se reunían alrededor del aparato para escuchar los mensajes y las canciones dedicadas por pequeñas niñas enamoradas que alguna vez conocieron en el pueblo, con las que compartieron un helado o quedaron prendados apenas con un cruce de miradas; vitoreaban al destinatario del mensaje como si se tratara de un famoso futbolista.

Al fondo de la casa mamá seguía preparando los alimentos mientras Ángel se escabullía lentamente como una lagartija, con movimientos sigilosos y sin despegarse de la pared, hasta llegar al pasillo en donde compartían sus visitantes. En casa no podían darse el lujo de tener una radio, así que escuchaba con especial atención las canciones, la publicidad y las noticias nacionales; lo del amor para él era una pendejada. Ese día el programa radial adquirió un tono particularmente festivo, pues todo mundo hablaba de la gran noche y sus preparativos. Finalmente, un locutor aclaró de golpe la situación:

—Faltan pocas horas para la llegada del niño Dios— dijo el hombre, y Ángel corrió de inmediato a buscar a su mamá. Ella terminaba de retorcer el pescuezo de una gallina, a la que aún le crujían las vértebras; el gesto de repudio en el rostro de ambos se desvaneció con los últimos aleteos desesperados del ave.

—¿Qué quiere mijo? Lo veo todo agitado, como acelerado, como contento. Cuénteme. —Le preguntó mamá con un tono de ternura, como tratando de ignorar el cadáver en sus manos.

—Amá, es que en la radio dicen que hoy el niño Dios tiene que traer regalos a los buenos muchachos, y yo hasta el momento no me he portado tan mal.

—Pues mijo… No le había dicho nada de eso porque no quiero desilusionarlo y porque nadie había aparecido po´aquí con esos cuentos. Mire, en esta vida las cosas tienen que decirse como son, y ese niño no existe —Ángel la observaba con los ojos bien abiertos asimilando cada

palabra.

—El niño Dios son los papás —Prosiguió la madre—. Cómo va a creer usted mijo que alguien va a aparecer caído‘el cielo a traernos nada. La verdad es que ‘tamos tan mal de plata desde que su papá se largó que no puedo prometerle nada nuevo ni bonito; ya ve que ahora ni siquiera podemos disfrutar la culeca esta que estaba engordando pa’ celebrar.

—No importa ‘amá, yo no necesito nada nuevo ni bonito, sólo quiero que me regale algo como lo hacen con los otros niños del mundo, así sea un palo, no se preocupe, cuando se nos quite la pobreza me puede recompensar.

La madre no supo si reír o llorar por la noble actitud del niño; pensó por un momento en cómo resolver la situación y luego de un largo silencio dijo:

—Está bien ¿qué le parece mijo si mañana después de desayunar nos vamos a escarbar entre el chiquero que dejó su ‘apá? De pronto y hay algo que le sirva pa´ jugar.

Con su capacidad de asombro intacta Ángel abrazó de inmediato a su mamá y le dio un ruidoso beso en la mejilla. Mientras ella contenía el llanto de orgullo y alegría, siguió destripando la gallina.

El pelotón se fue entrada la tarde dejando como siempre un reguero de huesos y nada más. Con un profundo sentimiento de impotencia ese día les tocó raspar la olla en que prepararon las gallinas y hervir en ella un poco de agua para despegar la grasa del fondo; sin mediar palabra comieron el agua turbia con un par de yucas mordisqueadas que alguno de los militares dejó en el plato. Esperaron la llegada de la noche con el canto de los grillos y las ranas, bajo la luz de una vela hecha con manteca de ovejo. La mamá de Ángel sacó la biblia como de costumbre y comenzó a pasar rápidamente las páginas buscando un pasaje confortable, pero era tan grande la desilusión, tanto el vacío y la frustración que cerró la biblia de golpe y la arrojó al fogón:

—Que sirva por lo menos pa’calentar la casa —dijo con furia.

Pero luego, tratando de domar su enfurecido temperamento, agregó:

—Mijo, la gente que llega po’aquí sólo nos roba o amenaza; sólo nos tenemos a nosotros; el único milagro que podemos esperar es que usted pueda estudiar y escapar vivo de esta pesadilla.

—No se preocupe ‘amá, yo no la pienso dejar sola. Si me voy un día,

usted se viene conmigo —respondió Ángel con un gesto de valentía.

Los dos fingieron dormir esa noche hasta que los primeros rayos de luz atravesaron el polvo y la ceniza esparcida en el aire de la casa. Ángel en su gran inocencia se trasnochó pensando en el regalo prometido, y la madre, en medio de su decepción pasó la noche cuestionando si era la vida misma realmente un regalo. Él niño se levantó primero, buscó unos palos secos para meter a la estufa y de una pedrada mató una paloma blanca que los visitaba todas las mañanas; preparó el ave en caldo con hojas de laurel y ramas de cilantro, quería mostrarle a su ‘amá que era posible fabricar algunos milagros, o mejor dicho, cazarlos. Comieron vorazmente como hace tiempo no lo hacían, mascaron los huesos que pudieron y con el estómago lleno tan temprano sintieron el leve regreso de la esperanza.

Reconociendo la impaciencia en Ángel, la mamá lo llevó al sótano incluso antes de recoger la mesa. El niño se había esforzado bastante por obtener su regalo. Al abrir el oscuro cuarto, la puerta crujió como si estuviera atascada con los fantasmas de otros tiempos; una capa de telarañas y polvo cubría todas las cosas en un manto de abandono. En la penumbra algunos objetos eran reconocibles fácilmente: lazos, enjalmas, machetas, azadones, sombreros… El niño dio vueltas en redondo mirando detenidamente, pero evitando tocar para no comprometer tan importante elección; parecía un explorador en una antigua arca perdida escogiendo el tesoro con el que huiría para siempre. Cuando encontró un viejo gabinete, la madre interrumpió la búsqueda de inmediato:

—Mijo, venga pa’cá, en ese lado no va a encontrar nada pa’ jugar, mejor revise po’aquí entre estas otras cosas.

—‘Amá, ya vi por ese lado y nada me interesa.

—Bueno, pero ahí donde usted está tampoco hay nada útil, mejor venga pa’cá.

—Espere tantico ‘amá y abro esta puerta…

—Que no mijo, eso es puro mugre…

Antes de que su madre pudiera persuadirlo, Ángel abrió el gabinete. Adentro sólo había una bota de caucho desgastada y vieja; después de un corto silencio y tras deducir que ésta sólo pudo pertenecer a su padre, el niño la abrazó como si se tratara de un ser vivo indefenso, como si reencontrara allí el espíritu del hombre que admiraba incluso sin haberle conocido. En adelante, y durante algunas semanas, la bota y el niño fueron inseparables, él dormía con ella, la llevaba de paseo, le contaba

cuentos parecidos a los que su madre le narraba de la biblia, y en general, la cuidaba de todo peligro. Casi se muere de la angustia el día que se metieron en el río y por un descuido la bota se fue con la corriente; Ángel corrió, saltó de piedra en piedra y nadó lo más rápido que pudo para rescatarla; imaginó a la bota cayendo en cámara lenta al fondo inaccesible de la cascada del Sapo Escondido y a él tras ella pataleando y manoteando en el aire para salvarla.

2.Un sueño hollywoodense

La bota se alejaba y adquiría cada vez más velocidad; era como un barco de fugitivos intentando escapar. Ángel no aguanto el ritmo y comenzó a disminuir el paso, comenzó a sentir las punzadas de las piedras afiladas entre sus pies y los golpes contra las ramas sumergidas. En su pecho, un sentimiento de vacío y de angustia comenzó a crecer hasta asfixiarlo como si su corazón se hubiera transformado en una papa caliente que le atragantaba el alma. Pronto la bota desapareció de la vista entre los matorrales y los recovecos del río, pero él niño siguió descendiendo y gritando, llamándola como si se tratara de un cachorro perdido que aparecería de repente entre las piedras para ir corriendo a su encuentro. Quizá las palabras sabias, pero desalentadoras de su madre habían surtido efecto y el acostumbrado abandono, sumado al cotidiano fracaso, por un momento lo convirtieron en un zombi desandando las laderas del río; tropezaba con todo, resbalaba y avanzaba con la mirada al frente, pero no observaba nada realmente; se adentró en los oscuros territorios de la resignación hasta que una voz distante comenzó a llamarlo:

— ¡Ángel! —escuchó a lo lejos pero aún no salía de su estupor. La voz insistió— ¡Ángel! —esta vez el niño se detuvo para responder:

— ¿Qué quiere?

— ¡Se dice señora! —El reclamo que evidentemente provenía de un adulto sacó inmediatamente del trance al niño, además del recuerdo de correazos anteriores por la misma respuesta—. Venga mijo…

Ángel se acercó intentando disimular la cara de preocupación. —Buenas, doña Josefina, discúlpeme por no responderle bien, pero es que andaba distraído.

—No se preocupe mijo, desde hace rato lo vimos corriendo como loco y rodando entre las piedras.

Ángel bajó la cabeza avergonzado y triste —Es que se me fue algo por el río. Yo creo que ya se me perdió.

—Yo sí creo mijo. Mientras lavaba la ropa aquí entre estas piedras, mis hijos que andaban encaramados en el palo ‘e mango lo vieron a lo lejos. Cuando usted comenzó con las carreras ellos se dieron cuenta, al principio pensaron que lo estaba persiguiendo un tigre, luego dijeron que de pronto era una mariposa, pero luego notaron que algo se le había perdido y bajaron a esperar. Lo único que llegó aquí es una bota vieja y rota, pero yo no creo que sea lo que se le perdió, es muy grande para su pie.

Los ojos de Ángel se abrieron y se llenaron de una brillante emoción.

—Muchísimas gracias doña Josefina, la bota era precisamente lo que andaba persiguiendo.

— ¡Ay mijo! qué pena si lo ilusioné, pero como la bota era vieja la volvimos a tirar al río.

—Que hicieron… ¿qué? —Los ojos se le desorbitaron por la emoción que lo invadía, pero aún en medio de su ira no dejaba de ser tierno, por lo que sólo parecía un pequeño Hámster asustado.

Josefina y sus hijos se echaron a reír a carcajadas; casi se atoran de la risa. Las lágrimas se les escaparon por el rabillo del ojo y les costaba respirar. Tardaron un largo rato en recuperar el aliento y la compostura.

—Ay mijo, casi se me muere —continuó doña Josefina— mentiras, la bota está aquí. No se preocupe, no es para tanto, tome.

—Seguramente esa bota es la novia, no vieron cómo corría. —dijo Andrés, el hijo mayor de Josefina con una sonrisa burlona—. Pero yo creo que le va mejor si se conquista otro tipo de zapato, como unos tenis, por ejemplo, así pueden darse besos de lengüeta.

—Pero si se conquista unos tenis, que tal y le pongan los cachos con un “pie de atleta” —agregó Jorgito, el más pequeño y cruel de los dos hermanos.

Ángel tomó la bota con rigidez intentando contener la furia, intentando no agarrar a ninguno de los niños a botazos; agradeció mirando fijamente a los ojos de Josefina, le pidió disculpas nuevamente y emprendió el camino a casa río arriba. En el fondo estaba feliz por recuperar su bota, pero terriblemente ofendido con aquellos mocosos que se burlaron de su tesoro más preciado. Lo peor es que en pocos días tendría que verlos de nuevo, pues comenzaría su quinto año de escuela.

La mañana del primer día de clase fue lluviosa. Como de costumbre Ángel debió levantarse a las cuatro de la mañana para buscar leña y ordeñar a la única cabra que les quedaba. La tenían escondida entre unos matorrales lejos de la casa para evitar que los soldados la robaran. El desayuno fue leche y plátanos maduros guisados con panela. Luego de recoger y lavar su plato, dio un beso a su mamá y salió en carrera; ella tardó un poco en percatarse, pero cuando reaccionó y salió a la puerta, el niño ya estaba cruzando la última colina visible, con la vieja bota colgada en la espalda.

Muchos niños de ciudad parecen sufrir con la rutina matinal: despertar, levantarse, arreglarse e irse a clase en la ruta escolar que los recoge en la puerta de la casa. Ángel en cambio, recorría a pie y con alegría las tres horas de camino, si es que pasar por quebradas, trochas, potreros, barriales y matorrales infestados de garrapatas puede considerarse ir por un camino. Nunca había llegado tarde a pesar de las dificultades, con sol, con lluvia y hasta con hambre hacia la travesía pensando que era un sacrificio con el que podría sacar adelante a su mamá.

Ese día la asistencia a clase fue completa; cinco estudiantes para ser exactos. El profesor era nuevo, delgado y mayor. En ese entonces no duraban mucho, los espantaban o los mataban. Cuando las amenazas llegan bajo cualquier pretexto, es imposible vivir siquiera dignamente, incluso dormir se vuelve una odisea. La advertencia para el nuevo docente antes de tomar el puesto fue clara y sencilla:

—Si sospechan que no apoya la guerra, lo amenazan los militares; si presumen que cree en la democracia, la guerrilla se lo lleva; si no reza, le inventan pactos con el diablo y a cambio de unos pesos los paramilitares lo dan de baja.

Pese a la particular indicación el profesor asume el reto, movido más por las deudas que lo agobian, que por un mero acto de heroísmo profesional. Ese día reunió a los estudiantes en un pequeño salón que también hacía las veces de comedor.

—Buenos días queridos estudiantes, mi nombre es Régulo; soy su nuevo profesor y vengo a enseñarles a leer, a escribir, a hacer las cuentas… pero lo más importante, a enseñarles a ser personas buenas. —El profesor hizo una pausa, a lo que agregó— Ahora me gustaría que ustedes se presentaran y dijeran un motivo por el cual vienen a la escuela.

El primer estudiante hizo su intervención:

—Profesor, mi nombre es Jorgito, voy en segundo grado y vengo porque si me quedo en la casa, es mucho el trabajo que me toca.

Luego el siguiente:

—Mi nombre es Andrés, soy del grado quinto y vengo a la escuela pa´ ver si consigo novia.

La única posible novia para Andrés en esa escuela se presentó:

—Buenos días profesor, mi nombre es Lina, voy en cuarto grado y vengo a estudiar mucho para ser profesional y no tener que buscar un novio que me encierre en la cocina.

—Buenos días. Mi nombre es Ángel, yo vengo a la escuela para poder sacar a mi ‘amá adelante.

—Yo me llamo Jean Claudio Quinchoa —dijo lleno de orgullo el último estudiante—. Así es, me llamo casi como el actor que es karateca y asesino en las películas que a mi papá le gustan. Yo vengo a la escuela porque me toca, pero quiero ser militar, tener una de esas metralletas grandes para rociar bala como un desesperado desde un helicóptero apache, también quiero ser musculoso como Rambo o como Rocky, quiero tener plata… presencia y plata…

La clase rio al unísono.

—Bueno muchachos —dijo el profesor evidentemente aterrado con la última presentación—, hoy vamos a comenzar con un repaso de español; vamos a ver cómo están ustedes con la lectura…

—Espere profesor —interrumpió Jorgito— falta presentarle a la novia de Ángel, usted dirá que es una bota vieja, pero él no la deja ni para ir al baño.

—¿Puede explicarse jovencito? —preguntó mientras tenía los ojos puestos en Ángel.

—Lo que pasa profesor —respondió Andrés— es que a Ángel las niñas no le ponen cuidado, entonces él en lugar de buscarse una vieja bien buena se conformó con bota bien vieja.

Los niños se burlaron otra vez hasta que Lina los mandó a callar. El profesor estaba evidentemente sorprendido por la situación en su primer día de clases y no sabía si comenzar con las clases o descubrir el asunto detrás de la aludida bota. Para evitar agrandar el problema y que Ángel, visiblemente disgustado, respondiera de manera agresiva, exigió a los

estudiantes una disculpa que se escuchó bastante lejos de la sinceridad. Luego sacó de su maleta un libro de Horacio Quiroga, que tenía por título <<Cuentos de la selva>> para hacerles una pequeña prueba de lectura. El libro ni siquiera había sido abierto cuando Jorgito interrumpió:

—Cuentos de la selva los que yo le tengo profesor. Eso para que nos ponemos a leer esas bobadas. Mire, por ejemplo, yo le puedo contar de la vez que maté una culebra a chancletazos porque se metió a la casa para comerse a mi sobrina; Andrés le puede contar de la vez que se puso a corretear un zorrillo y terminó oliendo a picho por más de veinte días —dijo entre risas.

Jean Claudio también ofreció una historia.

—Una vez nos fuimos con mi ‘apá y con los perros a cazar al monte; nos encontramos un guerrillero muerto. Yo creo que lo agarraron, lo amarraron, lo golpearon un rato y lo dejaron medio vivo para que se lo comieran las hormigas. ¡Hubiera visto cómo quedó!, estaban los huesos peladitos, blanquitos. Una muerte así me da miedo, se imaginan todas esas hormigas mordiéndolo a uno, tragándoselo de a poquito, sacándole los ojos a pellizcos.

El horror en el salón se hizo evidente tras un gran silencio. Régulo pudo sentirlo como un baldado de agua fría tirado por sorpresa directo a la cara. Las aterradoras historias de Jean Claudio le salían con tal naturalidad que los escalofríos no podían evitarse. Era como ser golpeados por la realidad directo en el hígado, como para matar del susto a las lombrices que parasitaban el estómago de sus espectadores.

En general, la lectura de los estudiantes no se encontraba en niveles siquiera aceptables; quizás por el hecho de que los profesores no duraran más de tres meses por aquellas tierras o de que los estudiantes no tenían libros en las casas y que el tiempo que debían dedicar a reforzar su aprendizaje, lo ocupaban lavando excremento de las cocheras, recogiendo leña, alimentando a los pollos o trabajando la tierra. Puede ser también que allí la educación no era del todo relevante; los niños eran enviados a la escuela para que el gobierno no se los llevara, pero en la práctica la autoridad allí la tenía cualquiera detrás de un fusil o de un fajo de dinero y ninguna de las dos opciones era viable para un profesor. Los niños eran naturalmente influenciados por ese contexto de guerra y de sangre; para muchos se trataba de escoger entre convertirse en el enclenque profesor Régulo ahogado por las deudas o un mercenario a sueldo con estilo, presencia y plata, como decía Jean Claudio. Tal vez se imaginaban montados en una camioneta mirando a los pobres con desprecio, como si de un actor hollywoodense se tratara.

3.Letra con sangre entra

Durante el recreo Jean Claudio se acercó al lugar donde Ángel jugaba con Jorgito y Lina a las canicas. Se recostó contra la viga principal del patio para observar; parecía estar pensando en algo importante. Finalmente se levantó, y mientras Lina celebraba el triunfo Jorgito, tomó a Ángel del hombro para apartarlo del grupo; sin dejar de mirar alrededor para asegurarse de que nadie lo escuchara, le susurró:

—Ángel ¿usted de donde fue que sacó esa bota?

—Pues… es que la bota me la regaló mi ‘amá. La saqué de’ntre todas las cosas que quedaron de mi ‘apá.

—Mmm… ¿a usted no le parece que son de las mismas que usan en la guerrilla?

—¿Usted cree que mi ‘apá era guerrillero? —dijo Ángel sorprendido.

—Pues a mí ‘apá una vez le dijeron que el suyo se metió a la guerrilla porque andaba mal de plata y ellos le prometieron que lo iban a ayudar con un montón de cosas.

—¿Será que no ha vuelto a la casa esperando que le paguen?

—Yo sí creo, pero venga, nosotros también deberíamos de dejar de perder el tiempo y meternos también.

—¿A la guerrilla? —dijo exaltado.

— ¡Chito! ¡Cállese que nos van a escuchar! Vea, cuando se fue mi hermano le dijeron que le daban plata por montones, viejas, armas y las motos que quisiera. Debió de irle muy bien porque no ha vuelto. La única condición era que tenía que ser fiel a la causa…

—¿Cuál es la causa? —quiso saber intrigado.

—Yo no sé, supongo que conseguir plata.

El profesor Régulo interrumpió la conversación haciendo sonar a golpe de martillo un viejo hierro que hacía las veces de campana. Los niños se fueron corriendo al salón de clase y Jean Claudio señaló con un gesto

repetitivo del dedo índice a su propia cabeza, como diciendo: ¡piénselo!

Durante la clase de matemáticas Ángel no dejaba de darle vueltas la idea, unirse a la guerrilla para así ayudar a su mamá. Los pobladores no sabían de buenos o de malos, sólo de aquellos que llegaban a dar órdenes y de quienes les obedecían para no terminar muertos en el río. Al finalizar la clase los dos niños se reunieron para retomar la conversación. Así lo hicieron en la media hora siguiente que les coincidía el camino. Acordaron dejar en sus casas una nota de despedida en donde prometerían irse por poco tiempo, ganar mucha plata y regresar sanos y salvos, tal vez convertidos en los comandantes más jóvenes de la historia. La estrategia de huida era simple; se adentrarían en el monte en busca del grupo guerrillero como quien pierde una vaca, gritando hasta que les dieran la bienvenida, por supuesto sin pensar que así sería más fácil ganarse un balazo.

Al amanecer del día siguiente Ángel se levantó como siempre en busca de leña; ordeñó la cabra e intentó matar una ardilla para el desayuno, pero se le escapó, así que se robó unos huevos de garza de un nido que encontró y se los llevó para la casa. Luego fue a bañarse mientras su mamá preparaba los alimentos. No podía dejar de pensar en lo que estaba a punto de hacer; mientras se fregaba con el gastado estropajo, trataba de arrancarse del alma la pena que lo abrazaba. Cuando estuvo listo se sentó a la mesa y comió muy despacio; su mirada divagaba en algún lugar lejano. Ella pensó que repasaba mentalmente para alguna evaluación, pero el niño sólo intentaba retener para siempre ese momento y grabar en su memoria la silueta de su madre. Pensaba que la guerrilla le solucionaría los problemas económicos, pero en el fondo tenía grandes dudas al respecto, estaba asustado. Necesitó un suspiro para levantarse de la mesa; lavó los platos y se despidió de su mamá con un abrazo y una declaración:

—No se preocupe más mamita que todo esto se va a solucionar.

Embelesada por la ternura no se percató del tono de despedida.

—Ojalá mijito… ojalá. Apure, váyase a estudiar.

El niño salió con la bota colgada a la espalda; no llevaba nada más; ni siquiera un cuaderno. Cuando la mamá descubrió sobre la estera donde Ángel dormía la nota escrita con letras que más parecían garabatos, ya habían transcurrido casi dos horas. El arrugado y amarillento papel decía:

"Mamita, no se preocupe. Yo hoy me voy pa' la guerrilla, pero es pa' traerme a mí 'apá y de paso conseguir plata. No se asuste cuando llegue manejando una camionetota, que es pa' irnos al pueblo a descansar. No se afane que cuando regrese no tendremos que trabajar nunca más. Sea fuerte mamita, son dos o tres semanitas nada más. Muchos besos para

usted y la bendición.”

Cuando su esposo se fue, ella nunca se dejó llevar por el llanto o la ira, porque entendía que debía mostrarle fortaleza a Ángel, hacerle creer que todo estaba bien. Sin embargo, esta vez las lágrimas brotaron como si hubieran rebasado el cántaro donde eran contenidas; lloró como nunca nadie ha llorado. Los puños se cerraron con violencia y las uñas se le enterraron en la palma de la mano. Cuando no hubo ya más lágrimas, tal vez porque físicamente no era posible, sus gemidos de tristeza invadieron el vecindario entero. Existía sin vivir deseando nada más que la muerte y respirando como un mero acto mecánico e involuntario. Durante las semanas siguientes los soldados o guerrilleros que llegaban no entraban a pesar de las gallinas; las quejas y los aullidos desesperados que salían de la casa les hacían pensar en espantos y en todas esas almas que esperaban venganza contra todas sus violentas acciones militares.

Algo dentro de Ángel intentaba hacerlo desistir; en el fondo sólo quería dar media vuelta y regresar a casa; tal vez era un presentimiento o la colosal nostalgia que lo invadía. Intentó convencerse trayendo a su mente todas esas noches que pasaron comiendo apenas una changua de agua, cilantro y sal, las ocasiones en las que sacrificaron sus escasos animales para darle de comer a la guerra, la imposibilidad de remendar una vez más el techo de caña para cubrirse de la lluvia en temporadas invernales y las noches de angustia en las que temieron ser alcanzados por uno de esos cañonazos; pero no terminó de convencerse hasta que pensó en ella; en todas las lágrimas que la había visto derramar en silencio, en la valentía con la que continuaba sus días pese a los fracasos y humillaciones de su miserable vida. Dejó salir las dudas con un suspiro y afirmó sus pasos con lo único que no había perdido; la esperanza.

Jean Claudio lo esperaba justo en el desvío que daba a la escuela. Parecía un poco más preparado; traía una pañoleta amarrada en la cabeza, dos trazos hechos con carbón en cada mejilla, unas botas de caucho color rosa que le heredó a su hermana, una macheta vieja con el mango roto y una tira de chorizos terciados que simulaban algún tipo de munición. Algo así como un tierno peluche de felpa listo para la guerra. Se saludaron con la mirada y vacilaron unos segundos antes de dar media vuelta hacia su destino, pero justo ahí sintieron los pasos de alguien más; tal vez fue la excitación del momento la que los hizo temer momentáneamente por sus vidas, como si de un encuentro con las tropas enemigas se tratara. Exhalaron de alivio al percatarse de que sólo se trataba de Lina, quien no dudó en burlarse del extraño el estilo de Jean Claudio.

—No me diga, Claudio, que les declaró la guerra a los peluches de su

hermana...

—No, mucho mejor… —respondió el improvisado guerrero— nos vamos a hacer plata con la guerrilla; vamos a buscarlos en el monte para que nos metan en sus filas. Cuando me vea picho en plata ahí sí no se va a reír.

— ¿Entonces se van pa´l monte a echar bala antes que quedarse a estudiar?

—El estudio es pa’ los pendejos, mire al profesor… ¿quiere vivir así, estudiando toda la vida pa´ terminar en el monte, ganando poquito y llena de deudas? Pa’ eso no estudie y siga como está.

—Yo sí lo hago por mi ‘amá —interrumpió Ángel— quiero que deje de preocuparse por plata y Jean Claudio me dice que allá eso es lo que hay.

—Pues sí; sabe que tienen razón. Yo la verdad estoy cansada de vivir aquí, desde que mataron a mis papás, mis hermanos me tratan peor que a un perro, me ponen a lavarles los calzones cagados y a hacerles el almuerzo; a veces ni me dejan comida y son muy groseros.

Jean Claudio la interrumpió de inmediato:

—No… ¡usted no está ni tibia! Si está insinuando que se quiere ir con nosotros, le digo de una vez que no vamos a arrancar por la montaña con niñas; las mujeres son flojas, son un encarte; la guerrilla es pa’ los machos como yo, ¿o es que usted ha visto películas de mujeres militares? Se imagina la película de “Ramba” o de la “Soldada Missuniversal” no invente bobadas y mejor eche pa’ la escuela.

Aunque indignada por la respuesta, Lina tomó aliento y tiempo para responder al insulto.

—Mire, más flojo será usté’. Mire nada más que en educación física yo aguanto más tiempo haciendo ejercicios, usté’mueve una pata y se ahoga; además soy más inteligente y me va mejor en matemáticas. Acuérdese también cuando no volvió la profesora Amparo; ese día usté’ nos llevó al río dizque pa’ pescarnos el almuerzo y si yo no me meto a sacar esos dos bagres hubiéramos quedado ladrando de hambre todo el día. Mejor dicho, si sigo de pronto se emberraca. Más bien apuren antes de que alguien más llegue y se vuelvan a orinar del susto.

Ninguno de los dos se atrevió a contradecirla, junto a ella el viaje sería más seguro y tendrían a alguien más con quien hablar. Realmente, el menos preparado para la aventura era Jean Claudio; vivía cerca a la escuela y casi nunca salía muy lejos a caminar. Él era el único que tenía

una cama de verdad, un televisor en su cuarto, tres comidas al día y una mesa para estudiar; su único problema en la vida era soñar con ser como en las películas que le gustaban a su papá; para colmo, pensaba que verlas era el único entrenamiento que tenía que hacer para convertirse en un experto general.

4. Quita calzones

Ingresar a la zona boscosa de la montaña no fue tarea fácil, ya que los matorrales bajos dificultaban el avance de los niños; fue Lina quien con la pañoleta de Jean Claudio reparó el mango roto del machete y tomó la delantera intentando despejar el camino para avanzar más rápido. El suelo del bosque era una capa vegetal espesa; los pies se sumergían con cada paso en un mar de hojas y ramas muertas que arañaban como hambrientas alimañas las piernas de los inexpertos transeúntes. El calor abrasador aumentó con la humedad de los árboles y los mosquitos zumbaban frenéticamente mientras desangraban sin tregua a los pequeños.

Pronto perdieron su propio rastro y comenzaron a caminar en círculo. Fue Lina la primera en notarlo, cuando descubrió familiares algunas formaciones rocosas y un par de árboles con marcas peculiares de algún animal salvaje; entonces decidieron detenerse a reprogramar su ruta, pero Jean Claudio se derrumbó al instante; comenzó a llorar con desesperación, bastando sólo unos segundos para que su cara fuera una mezcla confusa de mucosidades y lágrimas; sus aullidos histéricos quedaron contenidos por la selva sin que nadie más pudiera oírlos. Ángel y Lina intercambiaron miradas y optaron por sentarse en silencio mientras se les ocurría alguna buena idea. Soportaron la escena por más de media hora hasta que finalmente Jean Claudio dejó de llorar; luego, para distraer el cansancio y el desconcierto, tomó algunas piedras que comenzó a lanzar con violencia contra la vegetación. Lina y Ángel sólo observaban. La calma parecía retornar hasta que Claudio gritó:

— ¡Ayayay! ¡Corran!

— ¿Qué pasó? —preguntaron al mismo tiempo los dos niños.

— ¡Quita calzones! —Gritó Jean Claudio horrorizado.

— ¿Que qué?

— ¡Avispas! le pegué a un panal de avispas quita calzones.

El tipo de avispas que los perseguían suelen meterse entre la ropa o el cabello para aferrarse a la piel y picar de manera sucesiva; las víctimas desesperadas deben desnudarse para quitarse los insectos del cuerpo, o arrancarlos del cabello llevándose consigo algunos mechones. Corrieron sin tregua por el monte con la precaución de mantenerse juntos, pero completaron su mala fortuna pasando por un pastizal conocido como "cortadera", una especie de bordes afilados capaces de rasgar la piel. Al cabo de unos minutos estaban llenos de chichones producto de las picaduras, la ropa desgarrada y con múltiples heridas en sus rostros y cuerpos. Entonces, en medio de lo que fue su carrera por huir de esta primera prueba que la selva parecía ponerles, vieron un charco de lodo espeso y nauseabundo, y se sumergieron en él para evitar más pinchazos, pero una vez adentro descubrieron que las avispas habían quedado atrás desde hacía un rato. Los pequeños monstruos del pantano continuaron caminando a la deriva hasta que la noche llegó y la caliente humedad se transformó en neblina y frío, que comenzó a colarse hasta los huesos; encharcados, hambrientos y cansados, comieron los chorizos crudos que llevaba Jean Claudio y se acomodaron entre las raíces de un gran árbol tratando de sentir calor; conciliaron con esfuerzo un vago sueño, pero incluso dormidos seguían tiritando y maldiciendo.

La mañana llegó encontrando a los niños medio despiertos, medio vivos, a punto de rendirse. Los rayos diagonales del sol que se colaban entre las hojas comenzaron a calentarles la piel y a sacarlos lentamente de su estupor, pero pronto la tibia sensación se transformaría en un calor insoportable y húmedo, e incluso antes de que pudieran reaccionar estaban siendo atacados nuevamente por los mosquitos. Con los sentidos aguzados por la extrema experiencia pudieron escuchar el vasto caudal de un río más allá del canto de los pájaros madrugadores y de las ranas que despedían la noche. Sedientos y con pocas esperanzas de sobrevivir persiguieron el sonido del agua arrastrando los pies y sujetando el remanente de su ropa para evitar la desnudez en la mitad de la selva. Tardaron más de una hora en llegar a la rivera del cuerpo de agua, pues los obstáculos y los arbustos impenetrables dificultaron el avance.

El río que encontraron era como el paisaje de una postal; una imagen digna de un relajante protector de pantalla. El agua cristalina dejaba ver a los peces sobre un fondo de rocas molidas y de ondulantes algas tornasol; sobre la superficie del agua navegaban sin parar pétalos amarillos y rosados de guayacanes ancestrales. Se arrodillaron para beber, pero un movimiento repentino en el agua los inmovilizó; un águila descendió para sacar con un ágil movimiento a un bagre de unos cuatro kilos que destripó y comió tranquila sobre la rama de un árbol seco. Observaron con asombro la escena, deseando con vehemencia tener en las brasas a un

pescado igual al que el águila disfrutó.

Se organizaron para pescar. Cada uno lo hizo a su manera. Jean Claudio se armó con una vara larga con la que comenzó a golpear el agua con movimientos erráticos, intentando según él, ensartar a los peces; por su parte, Lina y Ángel recolectaron cortezas de árboles de tronco verde de donde lentamente sacaron largas y delgadas hebras que unieron en una cuerda resistente; seguidamente, con una espina arqueada de limón hicieron un anzuelo que ataron a su improvisada caña de pesca. Amarraron el extremo opuesto a un árbol en la orilla y sumergieron el arponcillo en el agua, para luego simplemente entrar al río a supervisar la pesca a una distancia prudente. Luego de unos minutos un pez tragó la carnada haciendo un violento movimiento de huida, templando la cuerda tan rápido que desgarró como un rayo la superficie del agua. Los niños corrieron para recoger la cuerda antes de que el pez huyera; tiraron con todas sus fuerzas; avanzaban, pero luego cedían, forcejearon hasta que salieron ampollas, después de un largo rato una aleta asomó en la superficie del agua que ahora era turbia por la feroz batalla. Dicen que existen bagres capaces de comer a una persona de un solo bocado, en esta ocasión fueron los hambrientos niños quienes casi se tragan entero un espécimen de ocho kilos. Luego del desayuno, completamente renovados y llenos de ánimo acordaron regresar a sus casas para ponerle fin a esta absurda aventura.

Dos disparos repentinos interrumpieron el ritmo de la selva. Una explosión de aves de colores se levantó en un frenético vuelo de huida. Al otro lado del río un grupo de personas desgreñadas, fuertemente armadas, con uniformes verdes y botas de caucho los observaba, los lideraba un hombre pequeño, regordete y barbado, con la nariz roja por el sol y el cabello cano.

— ¡Alto ahí! — Gritó el hombre de la barba sin contemplaciones.

— ¿Qué pasó? ¿Qué quieren? — Atinó a decir Lina.

— ¡Estas tierras son nuestras y no aceptamos invitados! ¡Arrodíllense!

— Es que estamos perdidos… ¡por favor déjenos volver a casa!

—¡Negativo! En este momento son prisioneros de guerra; arrodíllense, y si no quieren problemas, ¡compórtense!

Los niños se arrodillaron sollozando, bajaron la cabeza ante el horror de los fusiles frente a sus caras y el riesgo inminente de que los dispararse cualquier tropiezo. Jean Claudio intentó contenerse, pero no pudo evitar mojar sus pantalones. Unas frías y pesadas cadenas envolvieron sus

manos y cuerpos; se los llevaron en fila hacia la espesura del monte. La tristeza creciéndoles en el corazón y en la garganta como un piojo de lengua. Entre insultos y humillaciones escucharon la propuesta de quién estaba a cargo.

—¡Bueno… para que no sufran más les tengo dos opciones muy sencillas! Ustedes son jóvenes y llenos de energía, así que pueden integrarse a nuestras filas y servir a esta causa con devoción o, simplemente les doy un balazo en la frente a cada uno y salimos del problema.

Ahora como prisioneros, optaron por la primera alternativa; al final de cuentas lo habían conseguido… Ahora hacían parte de la guerrilla.

5.El loro comandante

El grupo marchó toda la tarde por el monte. Los guerrilleros recorrían los caminos de memoria, sin pensarlo, siguiendo sus invisibles huellas; no hacían ruido, como gatos al acecho del fantasma de su propio recorrido. Ángel tropezó varias veces por culpa del barro que se apelmazó sobre la suela de sus zapatos; se esforzaba por mantener el ritmo con esas pesadas pezuñas de tierra. Sus compañeros tampoco iban mejor. Jean Claudio caminaba como un cangrejo con las piernas separadas para no quemarse la entrepierna con sus calzones orinados. Lina fue asediada por un enjambre de reclutas jóvenes más persistentes que los mosquitos; se hacían los tontos para quedarse atrás, miraban de reojo y de abajo hacia arriba; el más impertinente, intentando impresionar al grupo, le echó un piropo:

—Flaca... tírame un hueso!

—Pues venga y se lo doy —dijo Lina con tono coqueto.

El joven se ubicó frente a ella y comenzó a caminar de espalda para no retrasar al grupo y luego añadió:

— ¿Qué tal si no me conformo solo con un huesito?

—Pues repite, si le gustan se los doy todos.

El joven recluta, eufórico por su increíble éxito, levantó los brazos en señal de triunfo para alardear con sus compañeros; acercó su rostro al de la niña sin dejar de sonreír; le faltaban dos dientes, tenía un escuálido bigote y algunos granos que se hicieron más visibles cuando estiró la trompa. Lina lo miraba y pensaba en el gran parecido de éste con las sanguijuelas. El chico cerró los ojos para hacer del momento algo especial; le parecía un sueño, una especie de milagro conseguir un beso de una flaca linda en mitad de esa espesa selva. De repente sintió estrellarse contra el mundo; un sonido seco, hueco, del eco de su propio cerebro sacudido por el cabezazo que Lina le dio en el rostro. Quedó tonto, más de lo que ya era naturalmente.

— ¿Sí le gustaron los huesitos? —Preguntó Lina.

El recluta, con la cara ensangrentada sonrió torpemente en respuesta; ahora le faltaban tres dientes y valentía para volvérsele a acercar.

Al filo de la noche el monte se abrió ante ellos dejando a la vista un enorme campamento construido con nada más que palos y lonas; en el centro de las estructuras un comandante regordete de voz ronca, gritaba a sus tropas cosas sobre la revolución y la patria; las repetía como loro viejo, aleteando y sacudiendo los brazos mientras caminaba de un lado para otro acompañado por su asistente, un hombre diminuto y sumiso que imitaba hasta el caminar de su jefe. Cuando la cuadrilla llegó, debió integrarse a las filas de inmediato; amarraron a los niños a un palo antes de hacer su formación. Por otra media hora siguió aquel hombre vociferando, insultando al presidente, insultando a los políticos, a la clase dirigentes y a la gente indolente que siempre elije a los mismos buitres. Los niños, aburridos de la escena, crearon en su mente la suya propia; una en donde el comandante caminaba sobre un palo, con su traje verde cubierto de plumas, su gorra curvada a manera de pico y sus botas de caucho vueltas patas escamosas de uñas largas y afiladas; recordaron entonces una vieja ronda infantil. Fue Ángel quien susurró primero:

—Ahí va…

Jean Claudio agregó —la lora ahí va…

—con su lorito atrás… remató Lina.

Luego los tres musitaron en coro —Si la lora se me muere. ¡Ay! ¿Quién me la llorará?

Las carcajadas fueron inevitables, carraspearon la garganta tratando de disimular, se taparon la boca con las manos intentando devolverlas, contenerlas, tragárselas enteras, pero fue imposible impedir la explosión

sonora. Todos los guerrilleros voltearon con una uniforme mirada de terror tras escuchar aquella falta de respeto. El rechoncho Loro Comandante al mando, gritó desde su sitio:

— ¡Silencio!

Luego, sin dirigir la mirada a su asistente, le ordenó:

— ¡Me los deja sin tragar toda una semana!

— ¡Señor, sí señor! —Respondió el hombre sin vacilar.

—Si vuelven a joder los echamos en la sopa.

— ¡Señor, sí… ¿es enserio señor?

— ¡Afirmativo!…

Todos los guerrilleros y paramilitares tenían un seudónimo, un nombre falso que resaltaba sus aspectos más grotescos o recordaba algún momento bochornoso en sus vidas, a excepción de los comandantes que cambiaban su nombre de guerra por el de un héroe. Si llamaban a lista en aquel lugar era imposible para el oído desprevenido saber si se estaba en un zoológico, un hospital mutante, una plaza de mercado o una ferretería. Desfilaban por allí historias tan variopintas detrás de alias como: la Guadaña, Tripaseca, Buchegrande, el Lechugas, Raboalegre, Care papa, Nalga ‘e gato, Jhon calzones y el Kiko, como el del Chavo, pero con apellido Gómez. Parecía más un bestiario medieval que un frente armado de invencibles milicianos. Finalmente un hombre a quien llamaban Boliqueso se acercó a los niños con discreción y se apresuró a dar algunas recomendaciones:

—Yo creo que los perdonaron porque son nuevos, también nos falta gente, pero tengan cuidado, esas risitas aquí son para problemas. Si les habla un superior deben ponerse serios, mirarlo a los ojos y gritar “Señor, sí señor” y esperar a que les hablen; la orden se obedece de inmediato o los castigan. Los superiores son fáciles de reconocer, solo mandan y son los más gordos, excepto yo, que estoy gordo porque soy el cocinero. En la guerra la vida se la da el soldado, si son vivos y obedecen les va bien y les dejan las tareas fáciles, si son bobos y se hacen los brabucones los mandan a puntear en las cuadrillas para que los maten de primeros. Ustedes escogen. Tómense rápido el agua que ya tengo que ponerme a preparar el desayuno.

El secreto mejor guardado de Boliqueso era el toque de sus arepas; ningún guerrillero, por perezoso que fuera resistía a quedarse en cama cuando el olor de esas masas asadas con leña rondaba y se metía en los cambuches. Para muchos, la sazón de este cocinero era igual o mejor a la

de sus propias abuelas.

Luego del desayuno y de la tortura irresistible que es el olor a comida fresca cuando se está hambriento combinado con el desfile de hombres masticando gustosamente sus alimentos, el comandante a cargo se acercó con tres platos en las manos; la comida humeaba todavía, eran arepas asadas con mantequilla, huevos revueltos y chocolate. Se sentó frente a los niños, puso los tres platos en el suelo y comenzó a hablar.

— ¿Saben qué? Sin Boliqueso aquí la vida sería más dura, incluso creo que yo ya estaría muerto. Una vez el ejército nos estaba persiguiendo insistentemente por el monte, a tal punto que levantábamos un campamento y enseguida llegaban los aviones bombarderos, de no haber estado pendientes habríamos volado por el aire. Duramos más de un mes huyendo sin poder traer suministros, aparte de esos perros sin sangre del ejército, también nos perseguía el hambre. A las tropas se les bajó la moral y comenzaron a volverse lentos, perezosos, desobedientes, no les importaba nada, muchos preferían una bala en la cabeza que otro día con hambre. Nunca vi hombres tan tristes, incluso yo me había dado por vencido. Entonces una noche comenzaron a sonar ramas, como cuando un animal atraviesa la selva arrasando con todo a su paso; empuñamos las armas aterrados; podía ser cualquier cosa, jaguares, cerdos carnívoros o incluso soldados. Le pedí a la tropa que apuntara al lugar de donde salía el ruido y esperamos a que saliera de allí alguna bestia, algún gigante… estábamos temblando con el dedo puesto en el gatillo. Esa noche casi lo mato. Boliqueso salió de entre las matas cargando en los hombros una anaconda de ochenta kilos y racimos de plátano en cada mano. ¿Se imaginan? luchó solo contra ella; un movimiento en falso y él se hubiera convertido en la cena de ese animal. El maldito, sin esperar la ayuda de nadie despellejó el animal y lo picó en rodajas, prendió el fuego, cocinó los plátanos, asó la carne para esa noche y dejó ahumando el resto para llevar y comer en el camino. No les miento, esa vez comimos culebra por más de una semana y los ánimos subieron al instante, tanto, que hicimos frente a los militares y ganamos varias veces. Esa vez aprendí mucho de la gente... también aprendí que no existe peor tortura que el hambre.

Dicho esto, el comandante comenzó a comer del primer plato, luego el segundo... los niños se habían ilusionado, pensaban que esta vez sería como en la casa o con los profesores que amenazan y no cumplen los castigos. El hombre se tragó todo sin remordimiento mientras los niños miraban con la boca hecha agua; todo desapareció en ese pozo sin fondo, engulló hasta el último bocado; si hubiera podido también se habría tragado los platos; dejó para el final un par de sorbos de chocolate. Se levantó tranquilo y les dijo:

— ¿Estaba rico el desayuno?

6.El lobo comandante

En la noche del séptimo día Boliqueso volvió a preparar arepas, huevo y chocolate; sin que nadie lo notara agrandó las porciones de los niños y metió lonjas de mortadela debajo de la comida. Aunque el cuerpo humano puede subsistir hasta dos meses sin alimento, la moral es una llamita perdida en la espesura que se desvanece rápidamente sin bocado alguno. Llevó personalmente los platos para que ningún compañero lo delatara; no se fiaba de ser el guerrillero más querido del campamento, pues sabía que la raíz de la envidia se extiende con prontitud imperceptible desde los corazones, presta a precipitar la caída de quien provoque sus susceptibles caprichos, como una trampa a la espera de un mínimo tropiezo.

Mientras los niños se atragantaban con desesperación, Boliqueso acudió a sus valiosos consejos:

—Mañana comienza su entrenamiento, traten de resistir el primer mes y en adelante les va a parecer más relajado. No intenten escapar, esa es la primera prueba; si llegan a salir del cordón de seguridad los centinelas están autorizados para disparar y créanme cuando les digo, a esos tipos les encanta disparar. Hagan caso y no se revelen, nadie va a velar por ustedes, ni siquiera yo puedo intervenir cuando los nuevos se hacen los superhéroes. Yo sé que no escogieron esta vida, pero así es la guerra y lo más importante aquí por ahora, es sobrevivir.

Boliqueso recogió los platos y se devolvió como una sombra a la cocina; los niños quedaron satisfechos. Esa noche no llovió y lograron dormir sin más inconvenientes; con el estómago lleno dejaron de pensar por un instante; el día llegaría con sus propios problemas. Ese día, por lo menos ese día, comer algo caliente era fortuna suficiente.

Ángel abrazaba su bota; dormía como si el suelo de la selva fuera una cama infinita tapizada de plumas, mantas verdes y suaves aromas florales. Estaba perdido en un espeso sueño de libertad en el que era el arquero profesional de un equipo de microfútbol; realmente se le veía complacido y a gusto, cosa inusual para la situación, el lugar y el ayuno de la última semana; permaneció así un largo rato, asido al único recuerdo de su padre como si se encontrara en el lugar más acogedor del

planeta y como si su mimado objeto fuera la olla de oro inextirpable al que se aferran los duendes y los alcaldes durante sus letargos eternos. El comandante se acercó en la madrugada, era silencioso como un tigrillo, pero inflado como un paquidermo, como un gordo gato de tía cuarentona cuando persigue palomas. Le sorprendió la complacencia del niño con el zapato, así que decidió inspeccionarlo; lentamente sacó la bota de los bracitos protectores, observando la escena con ternura, con la mirada de la tía mientras su minino despanzurra las palomas; luego, como si quisiera advertir el fin del mundo, gritó:

— ¡Despiértense inútiles!

Ángel quedó pálido del susto; luego sintió desvanecerse al ver que había perdido la custodia de su más grande tesoro. El Loro comandante prosiguió:

— ¡Tienen una hora para traer tres veces su peso en leña, si no… pues no tragan!

Los niños corrieron por el monte recogiendo palos, partiendo ramas, incluso sin darse cuenta tomaron las muletas artesanales que habían hecho para un guerrillero herido. Los centinelas observaban en silencio con las miras de sus fusiles, como búhos al acecho de ratoncitos, o como vendedores multinivel buscando poner la garra en pobres infelices.

Por fortuna la leña allí era abundante, pero arrastrar todo ese peso les dejó ampollas reventadas en las manos, espinas clavadas, nuevos arañazos y algunas picaduras de araña, estaban agotados. Cumplieron con dificultad el tiempo establecido, armaron un pequeño muro de leña junto a la cocina y por si acaso, la ordenaron muy bien. El comandante apareció para supervisar:

— ¡Parece que no son unos completos inútiles!

— ¡Señor, sí señor! — respondieron intentando gritar como adultos.

— ¡La próxima vez tienen que hacerlo en menos tiempo!

— ¡Señor, sí señor!

— ¡Ahora apúrense a tragar, hacen falta más tareas!

— ¡Señor!… Ay señor…

Un plato humeante lleno de pastas, papas casi desechas y patas de pollo asomando como manos coléricas de muertos vivientes los esperaba en el

comedor. El sabor característico que la leña da a los alimentos convirtió el sencillo platillo en aterrador manjar. Los momentos en el comedor transcurrían lentamente, un sagrado ritual que ningún comandante osaba interrumpir. Los guerrilleros saboreaban cada bocado y chupaban cada hueso con delicadeza de roedor, limpiando la carne y sorbiendo el tuétano sin vergüenza; perdidos entre el regusto doméstico y el laberinto de sus profundos pensamientos, algunos recordaban las manos suplicantes de sus víctimas en las paticas yertas y despellejadas por el agua hirviendo, pero el estómago no se alimenta de melancolía, tomaban las pequeñas extremidades como los gigantes que meriendan niños en los cuentos.

La siguiente instrucción del día fue traer agua. Cada niño llevó un bidón de 50 litros rodando hasta un pequeño arroyo que cortaba el monte como un flujo de espejos y cristales brillantes. El agua transparente y pura se deslizaba entre pequeñas cascadas, una de ellas con la altura suficiente para llenar el contenedor sin mayor esfuerzo; pronto el agua rebosó el primer bidón y Ángel trató sin éxito de levantarlo, al verlo patalear, forcejear y pujar sin ni siquiera moverlo un milímetro Jean Claudio exclamó:

— ¡Usted sí es mucho flojo! —Lo dijo con fuerza para impresionar a los centinelas —venga y le enseño como hacen los hombres…

Pero patalear, forcejear y pujar tampoco le sirvió de nada a Jean Claudio, de lo flaco que era, en el campamento decían que algún mosquito lo podía estar secuestrando. Lina no intentó si quiera usar la fuerza bruta, era muy lista para eso; en cambio, buscó un tronco resistente que atravesó entre las manijas del bidón e hizo que sus dos compañeros cargaran cada extremo a sus hombros mientras ella simulaba hacer fuerza en un costado:

—Para que no pierdan la moral —pensó mientras dejaba escapar una sonrisa de picardía.

Los niños recorrieron con evidente dificultad el tramo entre el riachuelo y el campamento con el primer bidón. Todos se sorprendieron, no contaban con esa astuta estrategia. Jean Claudio estaba al frente recibiendo los halagos, este momento paliaba todos esos bochornosos incidentes del pasado, si se orinó del susto o tenía puestas las botas rosadas de su hermana ya no importaba, sonrió como en un reinado de belleza olvidando por completo el camino, solo se dedicó a responder a sus admiradores; pronto tropezó en su desfile de triunfo, quedando enterrado de cabeza entre el barro como un avestruz, el bidón cayó sobre Lina empapándola por completo; tragó agua cuando quiso gritar del susto y escupir todos las maldiciones posibles contra el pobre Jean Claudio. Ángel quedó de pie, pasmado, aterrado por la posibilidad de un castigo, viendo la persecución de sus dos compañeros en el charco que se había formado, como gallos de pelea achocolatados, derritiéndose por la furia de la guerra

y el calor insufrible de la selva. Lina quería matarlo a coscorrones; los demás espectadores ya estaban muertos, pero de la risa. Con la actuación de estos audaces y espontáneos payasos, al fondo del campamento se disparó la risotada del Loro comandante; se ahogaba, tosía y retomaba la burla; la barriga se le sacudía como una montaña de gelatina, las lágrimas se le escurrieron entre las arrugas de los ojos apretados, aleteaba y movía los pies; pero de tanto retorcerse partió la silla y cayó al suelo como una pera podrida. Todos guardaron la compostura de inmediato.

Durante días nadie intentó siquiera sonreír; el comandante era susceptible a las burlas y cualquier risita mal interpretada podría desatar un fatídico castigo. Durante ese tiempo los niños adquirieron la fuerza suficiente para hacer sin problemas las tareas asignadas, cargaban y partían leña, movían piedras, arrastraban los bidones rebosados desde el pequeño arroyo hasta la cocina, e incluso cuando Boliqueso les pedía ayuda, picaban cebolla sin tanto lloriqueo.

El campamento regresó a la normalidad y el acondicionamiento físico de los niños había terminado. La siguiente etapa consistía en aprender las instrucciones básicas para la batalla. El Loro comandante reunió a los pequeños en el centro del campamento. Lo primero que hizo fue asignarles nombres de guerra:

—Ángel, en adelante será Pata picha... Jean Claudio, su alias, Miss universo y Lina, como usted se las da de peligrosa, será la Torita…

Los niños no pudieron ocultar su descontento, pero Lina, ella ya andaba buscándose los cuernos. La iniciación prosiguió:

—El alias es para proteger la identidad del guerrillero, para asustar o contar un poco de su historia, es una máscara y un arma psicológica. Hay algunos que uno quisiera no saber, una cosa es ir a combate a darnos bala y otra muy diferente enfrentarse a monstruos con alias como: Mastica ojos, Saca lenguas, Pica orejas, Alma negra, Matasanos o Come gente…

—Señor, ¿puede decirnos cuál es su alias? Señor… —interrumpió Ángel con osadía, pero con rodillas temblorosas. Era la primera vez se dirigía a su superior.

El comandante lo miró por el rabillo del ojo. —El mío es Bala Perdida— y comenzó a hablar como Lora mojada— Resulta que una vez durante mis primeros entrenamientos tropecé y accidentalmente le di un balazo en la pierna a mi comandante. Me dejaron durmiendo afuera del campamento como un perro hasta que él pudo levantarse. No me hicieron nada más porque él también había sido muy bruto, darle un fusil a un mocoso

inexperto y eso no se hace.

Los niños cruzaron miradas de incredulidad; reconocían en su líder a un hombre despiadado capaz de hacer pasar por accidente aquella estratagema.

—Ya que me acuerdo, ustedes no van a tener fusiles aún, no quiero que se hagan los pendejos e intenten dispararme simulando un accidente —el que las hace las imagina, pensaron de inmediato— les toca aprender a marchar, formar y combatir con un palo si es necesario. Pata Picha, usted si quiere puede usar la bota vieja con la que llegó, de pronto así puede darle un poquito de honor a lo que queda de su taita…

Un escalofrío subió por la espalda de Ángel como un rayo de hielo petrificándole el corazón, como un fuetazo de su ‘amá o un enjambre de abejas quita calzones envenenándole la voz, una rebelión de lombrices en su estómago exigiendo una explicación. Perdió toda formalidad y soltó la pregunta sin pensarlo:

— ¿Usté’ qué carajos sabe de mi ‘apá o qué? —abrió los ojos y clavó la mirada en la de su comandante con un aire de autoridad y de amenaza.

— ¡Vean a este! habló el presidente de la república, mejor dicho el comandante en jefe…

Y comenzó a vociferar para que todos recordaran su posición. Ángel bajó la cabeza de inmediato.

— ¿ahora tengo que rendirle pleitesía al caballero? —preguntó mientras lo empujaba con la punta de la bota para que levantara de nuevo la mirada—Llevo treinta años metido en el monte y usted pretende darme ordenes… ¡Le falta mucho gran pendejo!

El Loro comandante era una bomba de tiempo, cualquier conversación cotidiana podía hacerlo estallar, y ebrio de autoridad como estaba, ejercía sin misericordia la humillación de sus subalternos.

— ¡Una semana sin tragar para los tres a ver si aprenden a respetar!

Gritó el Loro comandante como ordenándole al viento mientras regresaba a su despacho. Su asistente, el Loro más pequeño, llegó corriendo pues la repentina revuelta lo sorprendió en el baño.

A pesar del incidente era necesario dar uniformes camuflados y botas de caucho a los nuevos reclutas, pero Jean Claudio, él solo recibió el

camuflado; las botas rosadas todavía estaban como nuevas.

Los niños se integraron a una cuadrilla de entrenamiento donde otros niños disfrazados de guerrilleros que promediaban la misma edad, marchaban, se detenían, daban vueltas y disparaban los fusiles de madera contra sus sueños de infancia.

La fila de pequeños reclutas hubiera sido la envidia de cualquier escuela cercana, organizados, uniformados y en absoluto silencio, cuarenta y cinco mocosos aprendiendo a restar vidas, sumar condenas, dividir familias y multiplicar la guerra.

Cuando el comandante a cargo hizo un barrido visual para supervisar el porte de armas, se detuvo con sorpresa en Ángel que simulaba un fusil de asalto con su vieja bota y un temerario miliciano con su dulce mirada.

—Usted debe ser Pata picha, el pendejo que retó al comandante Bala perdida. Él me encargó su entrenamiento personalmente. —Enséñelo a respetar— me dijo, —que aprenda por las malas como el taita…

Ángel volvió a sentir de nuevo el corrientazo en la espalda; su alma reclamaba verdad, pero esta vez se quedó callado.

El comandante a cargo siguió con la supervisión; bajó la mirada e hizo un recorrido por el calzado de los pequeños reclutas; se detuvo de inmediato frente a Jean Claudio, lo miró a la cara y en un tono humillante lo presentó con indolencia ante la formación:

— ¿Así que usted es alias Miss universo? —Preguntó con tono altanero mientras juntó la frente a la del niño para amenazarlo con la mirada. La boca le olía a muerto.

—Señor, sí señor…

— ¿Usted cree que aquí venimos a pelear a punta de besitos?

— ¡Señor, no señor! —gritó con voz rasgada intentando contener el llanto.

— ¡Usted no sirve ni pa’ carne de cañón! Si lo mando al frente, de lo flaco que es, las balas ni le pegan. Entrenarlo es un desperdicio. —sentenció con crudeza mientras lo observaba por uno y otro lado, como un perro que olfatea el miedo de otro más pequeño.

Lina, por el contrario estaba impecable, erguida, confiada, con su cabello perfectamente organizado y templado con un moño en la punta de la cabeza; miraba al horizonte con la seriedad que podía, como esperando gobernar el infinito; el problema de ella era diferente: al comandante,

desde ahora “Lobo Comandante” le gustaban las niñitas. Se paseaba sin vergüenza alrededor de Lina, como una fiera que saborea el terror con lentitud, que se relame imaginando los huesos crujientes de su presa.

7.Virgen santísima

La rutina de entrenamiento bélico aumentó progresivamente la intensidad. Al principio era como si solo se preparara un baile para un evento cultural del colegio: marchar, saludar, girar a la izquierda, girar a la derecha, dos pasos al frente, media vuelta, mano hacia el imponente cielo, caminar en fila, tomar distancia, juntar los pies, pararse derecho, correr en el sitio como iguana asustada, empuñar lo que tuvieran por fusil cuando gritaban <<firmes>>, y en general comportarse como quien está haciendo patria comprometido con la causa, aunque a esas alturas aún no tenían idea sobre cuál era esa dichosa causa.

Luego de la compleja coreografía de poses ridículas e instrucciones improvisadas, el grupo de cuarenta y cinco niños fue llevado a una pista de obstáculos que bien serviría para entrenar perros. El Lobo comandante tomó la delantera y ordenó que lo siguieran. Los niños inspeccionaban el lugar con terror y asombro mientras avanzaban; nadie quería quedar de último, pues el castigo, aunque desconocido, estaba más que asegurado. La pista incluía pasamanos más grandes que los de cualquier parque, rampas empinadas que terminaban en caídas de tres metros, lazos de fibra vegetal para trepar directo a la copa de los árboles, telarañas de alambre de púas que debían atravesar arrastrándose por el piso, paredones de tablones astillados para escalar y cuerdas transversales sobre los obstáculos para deslizarse de un punto a otro como si de un teleférico para suicidas se tratara.

Correr, saltar, trepar, escalar, reptar y sumergirse en el espeso barro hediondo y asqueroso que olía igual que la boca del Lobo comandante. Las manos les temblaban a los pequeños mientras intentaban sostener el peso de su frágil cuerpo colgando de las lianas. Los que pasaban por debajo del alambre de púas y no se mantenían lo suficientemente pegados al suelo, se rasguñaban la espalda, la cabeza y las nalgas. Quienes saltaban de las rampas al suelo y caían mal, sufrían considerables lesiones; algunas veces se estrellaban la cara contra las rodillas, se doblaban los tobillos o de repente sonaban como un fruto podrido impactando contra el suelo:

— ¡Cayó como pera picha! —Le gustaba decir al Lobo Comandante cada vez que los nuevos guerrilleros saltaban mal o resbalaban desde las

alturas.

Al final de la tarde los niños tenían suerte de haber sobrevivido. Algunos debieron regresar arrastrándose hasta el campamento como tortugas mal heridas, con piernas fracturadas, hombros dislocados, dientes ausentes, caras rotas y unos cuantos casi lisiados. Sin embargo, Ángel y Lina que estaban acostumbrados a jugar en el monte saltando de piedra en piedra, pasando por debajo de las alambradas de un potrero a otro esquivando bovinos enormes y desandando las márgenes del río en busca de renacuajos para destripar y peces para la merienda, tenían la agilidad necesaria para superar el entrenamiento; incluso Jean Claudio que siempre había tenido que aguantarles el paso, estaba medianamente preparado para la faena.

El tiempo transcurría nuevamente como una balacera despiadada de horas, minutos y segundos. De los cuarenta y cinco reclutas aspirantes, solo diez completaron el entrenamiento; la mayoría de ellos niños indígenas o campesinos aguerridos habituados a trabajos que demandan más de lo que un niño puede ofrecer; los otros perecieron intentándolo; algunos malheridos fueron abandonados en algún camino cercano para que fuesen encontrados por algún bando enemigo.

Finalizada esa fase del entrenamiento y reducido el número de militantes significativamente, el Lobo comandante parecía más tranquilo y menos impetuoso. Ahora su afán consistía en separar a los tres niños para tener un acercamiento más fructuoso con la niña. Envió a Jean Claudio con una cuadrilla de exploración a recorrer los alrededores del campamento, asignó a Lina como su asistente general y Ángel fue usado por su cara de inocencia para espiar en el pueblo a la fuerza pública. Como debían evitar que escapara la amenaza fue contundente:

—Bueno Bota picha, su misión es simple; tiene que ir al pueblo y estar pendiente de la fuerza pública, si llegan nuevos soldados o armamentos, y si algún pelotón arranca pa'l monte nos reporta de inmediato. No las vaya a embarrar para que no lo agarren y lo más importante, no se haga el pendejo e intente volarse… no se le olvide que aquí tengo a sus compañeritos, y a su estúpida bota…

El Lobo comandante apretujó con un abrazo de serpiente a Jean Claudio y a Lina; aunque hablaba para toda su mirada se clavaba en Lina, como intentando hipnotizarla con su aliento, saboreándola con los ojos.

Dos guerrilleros, un hombre y una mujer, se vistieron con ropas harapientas simulando una familia desplazada por la violencia; llevaban un burro, también guerrillero, sobre él algunos costales llenos de trastes viejos. Ocultaron el rostro bajo sombreros de ala larga y marcharon como caracoles que cargan con el peso de la tragedia. Ángel era el supuesto hijo por el que renunciaron a todo para comenzar de nuevo. Les tomó un par

de días arribar al pueblo. Atravesaron silenciosamente las calles con dirección a la iglesia del parque central con las miradas vacías y los rostros deslavados por la tristeza, arrastrando las alpargatas desgastadas sobre el suelo de piedras alineadas, como a quien le pesa hasta la sombra de su propia existencia, intentando captar las condolencias de los pobladores con la mímica fingida de las víctimas que producían a diario.

En el parque, bajo la sombra de los árboles de mango había una hilera de familias arrumadas sobre el suelo; personas heridas como frutos magullados que por fuera se ven bien, pero que están desechos dentro, rompecabezas incompletos de caras infelices. El aroma de los mangos podridos en el suelo se perdía entre la espesura del sudor y el polvo acumulado en los cuerpos desterrados que allí encontraban un respiro, pero no consuelo. Las familias tradicionales del poblado cruzaban apresuradamente el parque para llegar a misa y confesar su derrotero de pecados; pasaban sin disimular el asco, con la nariz arrugada, arrastrando a los niños que preguntaban demasiado; se hacían oídos sordos a las súplicas de los hambrientos, al llanto de los bebés, al estertor de los enfermos. Evitaban el contacto visual para no perder por lástima ese diezmo que habían reservado al cura; querían pisos nuevos para la iglesia, una campana más brillante, un sistema de amplificación sonora que proyectara la palabra del señor y aplastara finalmente el barullo de los desvalidos. La guerra ya había hecho callo en los corazones de los locales y los crueles murmullos se escapaban como balazos a quemarropa, como cachetadas que no perdonan la otra mejilla:

—Me tiene harto esta vagabundería —dijo alguno— tenemos suficiente con las palomas que se cagan en el parque.

Otro agregó —ojalá vuelvan los paramilitares para que hagan limpieza social, esto se está llenando de sinvergüenzas.

—Esta gente huele a tigrillo, toca hablar con el comandante del batallón para que los saquen a patadas —Dijo una mujer con un bebé en los brazos.

Finalmente, alguien concluyó:

—Si piensan que les vamos a dar de tragar están equivocados, hasta guerrilleros disfrazados serán, gente revoltosa de agendas depravadas, atea, satánica y hasta maricas. Hablemos con el coronel, él es muy devoto a esta iglesia, deben sacar a esa gente de inmediato. Nuestros hijos no tienen que ver semejantes aberraciones.

Ángel observaba atentamente intentando mantener su rostro oculto por el sombrero y la mugre que se le pegó en el camino. La escena de las

familias compartiendo el destino de los perros que se meten a la misa conmovió profundamente al niño; comenzó a escarbar entre los incontables rostros de la tragedia y quedó pasmado cuando creyó ver a su madre. Se frotó los ojos con terror y se acercó con cautela para resolver la duda; estaban allí reunidos los hermanos de Lina, la familia de Jean Claudio y la madre de Ángel, que se veía mucho más flaca, ojerosa y cansada, con la misma cara de víctima que tenían puesta casi todos. En medio de toda esa miseria, intentaban resistir y mantener viva la llama de esperanza, que descrita en un poema sería apenas una llamita al viento.

El niño regresó corriendo como escapando de la fiera enorme de su conciencia, con los ojos rojos e hinchados, a punto de rebosarse en lágrimas y con la voz entre cortada logró tocar las pocas fibras humanas que quedaban en aquellos curtidos guerrilleros que lo escoltaban. Lo abrazaron en un acto reflejo como padres verdaderos y le preguntaron comprensivos:

— ¿Qué le pasa mijo? —Preguntaron al tiempo— ¿qué vio por allá?

—Es que… es que… es que vi a mi ‘amá, está toda llevada, toda acabada mi mamita… y también está la familia de Jean Claudio… hasta los hermanos de Lina, desgraciados, esos si debieron haberse quedado…

— ¡Ay mijo! Si ellos vivían en las montañas —relató en tono maternal la guerrillera— los comandantes hace rato querían desocuparlas… esas tierras son muy buenas para cultivar droga… son fáciles de proteger y muy difíciles de encontrar, el grupo de vigilancia con el que mandaron a Jean Claudio es precisamente para limpiar esa zona… hace unas semanas les mandamos la amenaza, si un campesino de esos no hace caso y se queda a defender la tierra… toca fusilarlo… mire el lado bueno, están vivos… por lo menos...

—Pero… pero… ¡mi ‘amá! ¿qué voy a hacer con ella? pobrecita… Primero mi ‘apá se metió en esto y ahora yo también la abandoné, me da pena darle la cara, que me vea, así como un bandido, como debió ver a mi ‘apá cuando nos dejó tirados…

— ¡Ay mijo! habría sido peor si usted se hubiera quedado con ella; ya tocaba desocupar esas tierras y ustedes estaban listos para ser reclutados. Cuando un comandante manda a recogerlos, una mamá que se respete se hace matar para evitarlo… todos estarían muertos…

—Pero… pero… —dijo y dejó fluir el llanto—cuando se fue mi ‘apá yo le prometí no dejarla nunca sola, y vea… ahora soy como ese desgraciado…

Los guerrilleros cruzaron miradas de complicidad. La orden había sido clara: por ningún motivo revelar la identidad del padre de Ángel; solo debían sugerirla lo suficiente, contar historias incompletas para romper el

corazón del niño, para partirle el alma y anudarle la garganta, una tortura psicológica hecha para destruir las emociones, para producir guerreros desalmados, pero los comandantes no contaban con que estos guerrilleros acompañantes aún tenían una parte de su alma intacta, por lo menos para compadecerse con la tragedia de un niño.

El guerrillero comenzó a narrar sin ningún tipo de reserva la historia de su antiguo compañero.

8.Poca lucha

Todavía me acuerdo de don Ángel. Ya se estaba poniendo viejo cuando llegó a la guerrilla. Siempre contaba historias sobre su hijo y su esposa, decía que un día iba a volver para sacarlos de pobres para que no se preocuparan más nunca. Resulta que Bala perdida, cuando eso aún no era comandante, habló con su taita una tarde en el pueblo, era día de mercado y su ‘apá no había vendido todas las yucas; estaba preocupado, y con razón, pues en la casa lo esperaba un bebe hambriento y una mujer recién parida. Bala Perdida estaba por esos buscando suministros pa’ llevar pa’l monte; se acercó en tono amigable y comenzó a echarle cuentos de tierras infinitas, vacas incontables, millones, y plata pa’ tirar pa’ lo alto… Después sacó un fajo de billetes del bolsillo, le compró las yucas a buen precio y le dio propina y todo. Al poco tiempo, andaban como si fueran amigos de toda la vida; ahí comenzaron los malos concejos:

—Para qué trabaja —le decía— existen formas mejores de hacer billete del bueno. Trabaje conmigo dos mesecitos y se tapa en plata, deje de sufrir como los pendejos.

Desesperado por la situación y las deudas, don Ángel se metió con nosotros con la esperanza de sacarlos a ustedes adelante. ¡Qué mentira más grande! Apenas comenzó el entrenamiento Bala perdida le puso el Alias de Poca lucha, se burlaba constantemente del hombre que no quería trabajar, del flojo que pensaba taparse en plata en unas semanas…

—La plata es para la causa, no para mocosos con hambre —decía en tono ofensivo— la plata es para la guerra, no para los perros sin sangre.

Pasaron algunos años y él seguía soportando humillaciones bajo la sombra de una amenaza asfixiante:

—Si se vuela lo matamos y de paso le matamos la familia, las gallinas, el perro y el gato. —le decían.

Una tarde se lo llevaron junto a una cuadrilla de limpieza; tenían que desocupar una finca importante y reclutar a los niños que sirvieran pa' la guerra. La mamá de los niños ya era viuda, reconoció a su 'apá y comenzó a suplicarle desesperada; los gritos y chillidos de la señora le sacaron la piedra al comandante, que sin misericordia, y como quien manda a bajar una mandarina, ordenó:

—Poca Lucha, le toca fusilarlos pa' que nos dejen trabajar, ya me tienen harto.

Debía descargar su arma directo en el rostro de la madre y de los hijos que no quisieran venirse con nosotros; eso ya era otro nivel, era obvio que Poca lucha no estaba comprometido con la causa lo suficiente como para superar esa cruel prueba y demostrar de una vez por todas que era de los nuestros. Hasta el momento él nunca había tenido que matar a nadie frente a frente; sí había disparado en los combates, pero como un loco sin saber dónde paraban esas balas, yo creo que intentaba que todas le pegaran a los palos, a las piedras, a las nubes, a la sombra de los pájaros.

Recuerdo que él se paró al frente de los niños y la señora; ella lloraba y gritaba sin consuelo; los demás nos alineamos alrededor para tapar con nuestros ladridos histéricos los aullidos aterrados de la familia, pa' vitorear la muerte de los inocentes como si fueran los más salvajes enemigos. Preparó con tranquilidad el viejo fusil AK-47, revisó el cartucho, tenía cincuenta balas; acomodó la culata del arma en su hombro, la ajustó varias veces para no fallar, parecía un experto. Luego, lo hubieran visto, puso el ojo en la mira del fusil, dio la vuelta rápidamente y comenzó a disparar en ráfaga contra nosotros; a mí me metió un tiro en el brazo, al comandante le metió una bala en la cabeza, hirió de muerte a otros cinco y treinta cayeron al instante como moscas; descargó las cincuenta balas sin desperdiciar ninguna, incluso con el arma descargada siguió apretando el gatillo con desesperación. Los que quedamos menos heridos apenas pudimos reaccionar después del ataque; lo sometimos de inmediato a culatazos en el cuerpo y la cabeza; la familia huyó entre la revuelta y nosotros regresamos, arrastrando a los que aún tenían salvación. Pa' la guerrilla fue una masacre, una traición, pero pa' esa familia y pa' mí, su taita fue el más grande héroe.

Nosotros tenemos códigos pa' esta situación; no podíamos matarlo de inmediato. Los altos mandos exigían venganza, así que lo amarramos en un palo como cuando cazábamos marranos báquiros y lo cargamos hasta el campamento; llegamos al amanecer del siguiente día, lo tiramos sobre el barro, ahí se quedó toda la mañana mientras atendíamos a los heridos y discutíamos quien reemplazaría al comandante caído. En esa época Bala perdida era el hombre de más confianza, manejaba la plata, bajaba al pueblo a invitarles gaseosas a los niños, los dejaba sopesar los gruesos fajos de billetes con las pequeñas manos ingenuas y les prometía riquezas

similares. Cuando regresaba, lo hacía con montones de niños ingenuos detrás, listos para que la guerra les comprara bicicletas nuevas.

La decisión no fue fácil, pero era obvia, yo quería liderar el campamento y otros cuatro también llevaban esperando años pa' lo mismo, pa' salir de este suplicio humillante de ser un simple guerrillero raso, parecíamos buitres peleando sobre la carroña, no obstante, quien más recomendaciones tenía del antiguo comandante era Bala perdida, por su eficacia en el reclutamiento; era el terror de los crédulos:

—Invirtió bien las moneditas...

Decíamos en broma cuando la vida de un niño le costaba lo que una gaseosa. Luego de la disputa por el poder, los mandos centrales revisaron el historial de los que estábamos pidiendo el puesto; Bala perdida nos ganó por goleada y quedó como comandante, también desde ese momento dejó de ser flaco, humilde y humano.

El primer acto del nuevo comandante fue tomar venganza contra las acciones de su taita; teníamos que fusilarlo, pero no cualquiera podía hacerlo; le tocaba al hombre con el rango más alto allí presente. El concejo de guerra, que es como se llama un juicio entre nosotros se organizó rápido, a su 'apá lo arrodillamos sobre la tierra, él miraba con furia directamente a los ojos del monstruo que lo reclutó a cambio de un par de billetes que compraron unas yucas años atrás. La fiesta privada del comandante comenzó; primero, un tiro limpio para acabar con el suplicio del condenado, luego comenzó echar tiros a lo loco celebrando su fortuna; disparó al aire y al suelo, a los palos de las caletas, a los pies de los reclutas que saltaban en una danza de terror mientras evitaban perder una pierna; la fiesta que comenzó ese día duró semana y media.

La promesa que le habían hecho a su 'apá de matarle toda la familia como venganza a cualquier traición aún rondaba en el aire, en los susurros; sobre todo la deseaban los que habían quedado mal heridos; sobraba gente con ganas de hacer valer esa palabra. En una formación, el comandante anunció con bombos y platillos la tan esperada venganza; debía ser uno de los combatientes heridos, así que me escogió a mí que no había quedado tan jodido. Me llamó en privado pa' darme las instrucciones de la misión, me entregó una bota vieja de las que usaba Don Ángel y me indicó dónde se encontraba la finca en la que ustedes vivían.

Salí antes de la madrugada para que nadie me siguiera, haciendo honor a mi alias, el Llanero solitario así que a nadie se le hizo raro. Tardé un día completo en llegar hasta la finca, a usted lo alcancé a ver mientras salía pa' clases con una maletica vieja al hombro; su 'amá lo despedía

moviendo la mano. Esperé hasta que ya no se vieran mocosos en el horizonte y entré a la casa. Cuando saludé a su ‘amá ella abrió los ojos aterrada, tal vez pensó en ese instante en todas las cosas terribles que podían pasarle; yo simplemente saqué la bota vieja de mi maleta y repetí las palabras que me encargó decir mi comandante:

—Mi superior está muy agradecido con don Ángel, alma bendita —y su ‘amá se quedó ahí, toda tiesa, pálida— gracias a él mi superior pudo quedarse con el puesto de comandante, su marido nunca fue un guerrillero de verdad, pero alcanzó a ser un héroe, salvó a una familia. Queremos que lo recuerde así y no como el pendejo ingenuo que era por culpa de la angustia y la pobreza. Por este motivo me mandan a entregarle esta bota, eso es lo único que podemos ofrecerle como recuerdo y compensación. También me pidió garantizarle que mientras ‘el dirija la guerrilla de estas tierras jamás tendrán que preocuparse por la violencia. Eso es lo que don Ángel, alma bendita, hubiera querido.

Su mamá se quedó como una estatua de sal esperando ser desbaratada por el viento. Yo ya no tenía nada más que decir así que recogí la maleta y me fui antes de que comenzara a hacer preguntas.

Esa vez, me acuerdo bien, era la primera misión en la que no tenía que matar a nadie, me sentí humano, por lo menos ese día me sentí humano, incluso creí en las promesas de mi comandante… ¡Pura mierda!

9.Regreso a la boca del lobo

Como una gárgola, un monumento a la desolación o una triste escultura de bronce sobre la que defecan las palomas, permaneció Ángel por casi dos horas; estaba profundamente impresionado. Su padre estaba muerto, sí, pero era un héroe; fue un guerrillero mediocre pero nunca maltrató a un inocente; fue un hombre ingenuo pero la necesidad tiene cara de que no muerde, hasta que muerde. Las campanas de la iglesia sonaron con violencia; los perros corrieron desesperados por el parque central mientras el sacristán golpeaba arrítmicamente los ruidosos instrumentos. El niño, que nunca había estado tan cerca de una iglesia, sintió cada golpe del badajo como un porrazo directo a su cerebro. La impresión sonora le hizo reaccionar.

Los guerrilleros observaban con cautela, entretanto los pobladores evitaban cualquier contacto con las víctimas del conflicto. En medio del desfile obligatorio de los parroquianos por el parque principal, era notable el paso impetuoso de los militares; los generales de alto rango deambulaban en el parque enamorando quinceañeras con helados, mientras un pequeño ejército de niñitas intercambiaba sonrisas nerviosas con los soldados regulares, que hacían de la conquista su batalla más urgente; y como una advertencia ambulante de esa guerra de pasión, algunas niñas asoleaban con pesadez su vientre hinchado de bendiciones, ciertamente condenadas con el embarazo de lejanos reclutas sin nombre.

La misión era un despropósito. Las fiestas de la virgen del Carmen estaban por comenzar; los feligreses se reunían en la iglesia para planear la recolección de fondos mediante rifas, bazares, bailes y sancochos, lo que hiciera falta para que la casa de dios no tenga pisos de zarrapastrosos, decían. Por otra parte, la tarea de la fuerza pública era sencilla: desaparecer animales callejeros y mantener a raya a los indeseables campesinos desterrados para garantizar a las familias prestantes de la parroquia, tranquilidad y confianza.

Con la orden del alcalde, las familias de desplazados fueron, valga la irónica redundancia, desplazadas nuevamente… los empujaron por el pueblo a punta de culatazos de fusil, incluido el terco burro guerrillero, al que le dieron un par de golpes en la nalga. Los abandonarlos en un potrero distante junto a un riachuelo, para que se quedaran allí sin arruinar con sus olores y desaliño la histórica estética colonial del pueblo durante el importante evento. Los que se resistían a los culatazos eran capturados, tildados de guerrilleros e internados en los calabozos del batallón para pasar la fiesta a punta de pan, bolillo y agua. En compensación a este descarado destierro, el alcalde, en tono diplomático y orgulloso ante los escasos medios de comunicación del pueblo, dijo:

— ¡Esto no más que una muestra humanitaria de nuestra mano dura, pero también una prueba de nuestro inmenso corazón!

En el potrero al que fueron conducidos, encontraron, aparte de una infestación de garrapatas, plásticos deteriorados, palos y cabullas con las que armaron algunos cambuches. Sin embargo, los líderes de la sacristía concluyeron con astucia que los desplazados sabían armar techos porque todos eran guerrilleros. En el lugar había además unos bidones con guarapo fermentado al sol y unas ollas repletas de malolientes asaduras de animales pequeños. Junto al inesperado paquete, una coquetísima nota rosada escrita con el puño y la letra de la primera dama; los empalagosos garabatos escarchados con brillantina apenas se entendían:

“Este regalo es un reconocimiento a su valiente causa, sepan que como humildes dirigentes apoyamos de corazón a la gente sencilla. Compartimos con ustedes estos obsequios de parte de la administración, esperamos disfruten estas fiestas, por favor coman, beban y báñense como nosotros…”

Si no fuera por el hambre tragándoselos desde adentro, por la resignación que aplastaba constantemente sus corazones, por la desesperanza que amarraba sus pasos y por los valores familiares que mantenían vivo un delgado hilo de humanidad, esa misma noche habrían marchado con antorchas para crucificar al alcalde y a su mujercita.

Mientras Ángel se quedó a un lado del potrero junto al burro para evitar ser reconocido por alguien, sus compañeros se pusieron manos a la obra y colaboraron con la construcción del campamento, de los fogones y con la asignación de las tareas. Algunas personas desconfiaron de inmediato de tan habilidosos personajes, pero dadas las circunstancias, no había bandos definidos. Al anochecer casi todas las personas se encontraban bajo los improvisados techos comiendo un espeso y humeante guiso de asaduras, quien sabe de qué bicho…

Una hora después del dudoso banquete, los cuatro guerrilleros incluido el burro, se reunieron para acordar los siguientes pasos de la misión. Era imposible infiltrarse en el pueblo sin que los sacaran a patadas por indeseables; además, era evidente que la fuerza pública estaba enfocada en menesteres de carácter estético y se concentrarían alrededor del pueblo para defenderlo de la fealdad. Concluyeron que ninguna tropa emprendería el ataque al campamento guerrillero central durante aquellas festividades, así que decidieron abordar un asunto más humano: el destino de Ángel.

Los impostores padres intercambiaron miradas de complicidad; al parecer ya habían tomado una decisión. Querían ver al pequeño reunido con su madre; y es que allí a pocos metros estaba ella, sufriendo en silencio por la pérdida de su hijito. En el campamento dirían que se voló para volver a verla, que lo cogieron preso, que se lo comió de un bocado algún animal de monte. Esperaban que la satisfacción de reunir a una familia, aliviara en algo el peso de la conciencia estropeada de quienes luchan por una causa sin nombre. Su padre putativo le dijo en tono familiar:

—Yo no sé mijo, usted está muy joven, tiene más motivos pa’ quedarse que pa’ echar pa’l monte con nosotros…

—Yo aquí perdí mi juventud —dijo la guerrillera— perdí toda mi vida a cambio de una gaseosa y ahora estoy luchando por algo en lo que no creo porque no tengo pa' dónde coger… en cambio usted tiene la vida por delante, mejor quédese con su 'amá… no sea pendejo.

—Pero si no vuelvo… Lina y Jean Claudio… ¿Qué les va a pasar a ellos?

—Mijo, si realmente se quiere quedar mejor no piense en ellos. Esta puede ser su única oportunidad; sálvese usted y que se joda el resto.

—Si me salgo de esto, tiene que ser con ellos. —Dijo Ángel con decisión, sintiendo que en su voz estallaba la herencia heroica de su padre… El burro guerrillero rebuznó en respuesta y dieron el tema por terminado.

El grupo se fue a la media noche cuando casi todos dormían y los pocos noctámbulos no tenían intenciones de armar revuelo. Se internaron en el monte iluminados únicamente por la luz de la luna y las estrellas; tropezaban a ratos, pero el paso era constante sobre las ramas crujientes. El burro iba adelante, conocía la ruta de memoria. Avanzaron sin descanso hasta donde comenzaba la zona de minas quiebrapatas; era peligroso atravesarla con una luz tan pobre así que despejaron una sección del suelo y durmieron allí hasta la madrugada.

Cuando Ángel despertó, la Guerrillera despellejaba un conejo gordo y el Llanero solitario atizaba un pequeño fuego; sin duda eran un equipo formidable, pensó; y por un momento se imaginó así de efectivo junto a sus amigos, riendo felices, avivando el fuego y destripando desayunos. El animal pronto estuvo asado en su punto; los tres se sentaron sin intercambiar poco más que una escuálida sonrisa, a pelar con los dientes amarillos y vencidos la carne pegada a los huesos; eran como bárbaros hambrientos. Los adultos se repartieron los ojos, los comieron de un sorbo y después partieron el cráneo del animal para chuparse hasta los sesos; Ángel por su parte, estaba entretenido pelando unas costillas. Mientras disfrutaban el regusto del conejo y limpiaban con los huesos más pequeños la carne entre los dientes, la guerrillera explicó la situación:

—Adelante hay un campo minado; son trampas explosivas que le ponemos al ejército; cuando alguno cae en ellas los demás se asustan y no pasan tan rápido; tenemos expertos para eso. Lo malo es que a ratos caen inocentes y hasta los mismos guerrilleros… una vez se activa la trampa, el daño es irremediable.

Como de costumbre el Llanero solitario, sin ningún tipo de reservas explicó:

—Nuestro bloque de expertos en explosivos se toma muy enserio su trabajo… pa' ellos una mina debe ser aterradora y el soldado debe pensarlo muy seriamente si va a cruzar por nuestros campos minados;

con uno de ellos que caiga, los demás se orinan del susto… Yo creo que usted aún no sabe muy bien cómo funcionan—lo dijo pensando en Ángel, que aparentaba demasiada tranquilidad, aunque en verdad estaba helado del susto—, la mina quiebrapatas es un explosivo enterrado en el suelo, escondido; cuando alguien lo pisa, explota al instante volándole las patas. Eso, las normales, pero las de nosotros son peores… —ángel solo pudo tragar saliva en silencio— se trata de un tubo lleno de explosivos, metal, vidrio y excremento humano; cuando se activa el dispositivo, una pequeña carga de la parte inferior explota y hace saltar el tubo, luego una carga más grande también explota enviando pequeños pedazos de metal y vidrio embadurnados de mierda a toda velocidad, como una metralla disparada para todos lados; las esquirlas se meten en la carne y a veces llegan hasta los huesos como balas infectando desde adentro; una sola de estas minas puede acabar con un escuadrón completo. Mejor dicho, pise donde yo lo haga y tenga mucho cuidado si quiere llegar completo al campamento...

Cruzaron el lugar dando zancadas de flamenco. El burro iba adelante; dicen que un comandante lo mandó a bendecir en una fiesta de la Virgen del Carmen y por eso es inmune al peligro. Las diminutas señales de las minas eran leídas por los experimentados guerrilleros como si de un libro se tratase; una rama partida, tierra removida o cables casi invisibles atravesados de un lado al otro eran señales que interpretaban con perfección para fortuna del grupo. Ángel simplemente siguió los pasos de sus compañeros con una concentración que jamás había experimentado. El niño sudaba como lo hacía el actor de la única película que vio en su vida, en donde el tipo desarmaba una bomba a contra reloj para salvar a la gente prisionera en un barco pirata; el día de la película un profesor con resaca decidió irse a dormir y dejarlos con el filme; como es lógico al hombre le tocó huir de la montaña a los pocos días.

Los tres y el burro llegaron al campamento mientras la tarde caía, no había vuelta atrás para el sol ni para Ángel; no obstante volver no fue ningún alivio, pues encontraron a Boliqueso y a sus amigos arrodillados frente a la formación general del día, con el rostro lleno de sangre y de moretones. Los tres estaban en consejo de guerra por rebelión e indisciplina. El Lobo comandante, también con la cara ensangrentada, aullaba con furia frente a la cuadrilla en formación, decía cosas sobre lealtad, respeto, honor y patria; gritaba amenazas sobre fusilarlos a media noche.

10.El consejo de guerra

El fuego naranja de las antorchas que apenas se encendían quemaba a los mosquitos que caían como aviones en guerra, la luz temblaba sobre los rostros desconcertados de la escuadra, no entendían muy bien como habían condenado a Boliqueso sin esperar por lo menos a que estuviese hecha la comida. Ángel y sus compañeros de misión se integraron a las filas bajo la mirada fulminante del lobo comandante; este, desde la distancia y babeando de furia, preguntó:

— ¿Ustedes que hacen aquí? ¿Qué pasó con la misión?

— ¡Señor! Están celebrando las fiestas de la Virgen del Carmen; nos echaron con todo y burro, no quieren ver pobres escarbando en la basura, buscando la comida tiran que por allá …

— ¿Por lo menos mandaron bendecir al burro?

— ¡Señor! ¡No señor! Nos sacaron antes de la bendición, si intentábamos colarnos nos metían presos…

— ¿Este inútil hizo algo productivo? —dijo y miró a Ángel con desprecio.

—Es buen miliciano, señor. Comprometido con la causa.

—Eso está bien —dijo el Lobo comandante dejando ver una sonrisa despiadada— me gusta la gente comprometida… Felicidades Bota Picha, hoy usted se va a graduar de guerrillero, le toca fusilar a sus compañeros…

Las palabras del Lobo Comandante fueron como una descarga de cañón a traición para los recién llegados; no esperaba que en un revés excesivamente trágico, fuera el niño quien debiera oprimir el gatillo para ajusticiar a sus propios amigos. El Loro comandante se ofreció personalmente a realizar el fusilamiento, pero no existía poder que frenara la perversidad y la sed de sangre del viejo Lobo; era una insaciable bestia adicta al dolor y al sufrimiento.

— ¡A la meda noche quiero todo listo! —gritó casi ladrando y se fue a su caleta para limpiarse la sangre y las heridas.

En el patio central de formaciones dejaron amarrados a los dos niños y a Boliqueso que intentaba consolarlos. Ángel no entendía como había sucedido todo esto. Uno de los guerrilleros a cargo de los preparativos le colgó de improviso el fusil; casi lo derriba el peso del arma; luego comenzó a explicar cómo apuntar para no fallar ningún disparo; el

personaje era francotirador experto en camuflaje, capaz de pasar por tronco, piedra o planta en el campo de batalla; los guerrilleros lo llamaban El Camaleón. El hombre curtido en mil batallas, intentó facilitarle cosas con una sencilla explicación:

—Bueno chino, la vaina es breve, yo sé que son sus amigos, pero tiene que aprender; aquí esos sentimientos no sirven para nada; uno nace solo y muere solo. Ahora vea, usted tiene que agarrar el fusil con fuerza, apóyelo en el hombro; el arma patea como burro y lo puede tirar al piso, tenga cuidado. El arma dispara en ráfaga, haga como si regara las matas con una manguera; apúnteles a la cabeza; si falla van a pensar que se hizo el pendejo y también lo arrodillan junto con ellos. —luego en un tono de solemnidad, agregó: — Ah, y tiene que aprender a ser hombre, cuando dispare véalos a la cara, por lo menos se merecen eso.

Ángel tardó varios minutos en reaccionar mientras su instructor aguardaba para verlo practicar. Debía hacer repeticiones con el arma, cargarle un cartucho vacío, apoyarla contra el hombro, subir el fusil a la altura de los ojos, presionar el gatillo y hacer sonidos de disparos como un miliciano poseído por la sed de venganza:

—¡Tatatatatatatatata!—Gritaba—¡Tatatata-tra-tra-taratatata! —Y volvía a cargar el arma— ¡Tra-tra-tas-tas-tra!

Pero lo único que salía de sus disparos imaginarios era metralla de saliva mal hiriendo los recuerdos de su madre, esquirlas de aire devastando el recuerdo de su padre, proyectiles de babas furiosas ahogando al niño que fue una vez y que ahora era el verdugo de sus compañeros de aventura. Quería salir corriendo para que los centinelas lo abalearan, pero en el fondo la esperanza más absurda lo condujo hasta el final del laberinto, tenía que mantenerse vivo hasta el último segundo, pues esperaba que de algún modo las cosas se arreglaran. Recordó en ese instante el rostro resignado de su madre. Nadie aparecería del cielo a cambiarle la vida, tenía que resolverlo por su cuenta.

La luna llena se elevaba lentamente coronando el cielo, los arboles crujían como lo hacía su alma y el viento feroz silbaba entre la montaña para acallarlo todo; pero de repente el canto de las cigarras solo era silencio, así como el croar de las ranas y el zumbido de los mosquitos; únicamente el viento como un espantajo atizaba con furia las pequeñas ramas que aruñan al tiempo.

Nadie quería estar en las botas de los condenados ni tampoco en las del inexperto verdugo. Dicen que existen ejecuciones más honorables, más simples, incluso en los murmullos de la noche algunos a modo de perversa competencia contaban las formas en que desearían ser eliminados.

—Si me van a pelar, que sea de un solo balazo, justo en el corazón, como a un poeta. —dijo uno, haciendo una dramática venia.

—Yo prefiero no darme cuenta, que sea sorpresa, que no me toque esperar a oler el sancocho como las gallinas. —dijo otro menos entusiasta.

—A mí lo que más me asusta es quedar mal herido, una cosa es morir y otra muy diferentes es quedar jodido, arrastrándose por el piso como los bichos—agregó otro mientras imitaba los movimientos de un gusano.

Luego de la teatral evocación de sus finales fatales más felices, varios milicianos rasos rodearon al niño. Lo miraban como si fuera un curioso mono, incluso alguno se atrevió a punzarle las costillas con el dedo para comprobar si era real aquel extraño y tierno personaje. Ángel no se inmutó demasiado por la intempestiva atención de sus camaradas; ellos intentaban entretener el hambre contando historias, anécdotas de tiempos infelices que por ser lejanos parecían mejores; poco a poco fueron ahondando en los trágicos pormenores que condujeron hasta la fatídica noche. Alguno de los rostros famélicos comenzó y luego como en dialogo de sombras que entran y salen de la escena los demás fueron añadiendo detalles a la historia. La primera sombra señaló:

— ¿Sabe por qué le decimos "Lobo" al comandante?

— ¡Porque le gusta comer niñitas! —dijo otra sombra ansiosa y sin esperar respuesta.

—El Lobo comandante es el terror de las campesinitas, las persigue, las acecha, las huele a la distancia como una bestia hambrienta. —añadió una sombra más mientras hacía gestos de fiera— Pero el lobo es astuto, no ataca inmediatamente, primero las recluta, les quiebra la voluntad con trabajos forzados: cavar trincheras, armar empalizadas, hacer letrinas de tierra… trabajos absurdos incluso para adultos fuertes. Con el tiempo las niñas no resisten los esfuerzos y él llega como si fuera un héroe, les promete el cielo, la tierra o una cama para dormir en ella… Es ahí donde el Lobo ataca.

—Pero no pudo con la Torita —aclaró otra de las sombras, sonriendo con malicia— por eso la mandó a matar, ella lo paró en seco.

— ¿Cómo así que lo paró en seco? —pregunto finalmente Ángel seriamente consternado.

—Claro, el lobo los mandó a ustedes lejos para que no estorbaran y atacó. La mandó a cavar una trinchera al día siguiente, le vimos las manos reventadas de ampollas, pero ella seguía, ni siquiera almorzó, solo golpeaba el pico contra el suelo como escarbando en su propia rabia y él

la miraba desde lejos. Luego, ya en la tarde el Lobo comandante se aburrió y se fue a echarle los cuentos de siempre: mis novias no trabajan… decía. Yo las pongo en la gloria si me muestran cariñito… decía. Yo me les pongo en bandeja de plata si me dan una pruebita de amor del bueno… decía. Usó todo el arsenal y la Torita no se inmutaba, le daba con el pico al suelo con la misma rabia.

—El Lobo comandante se desesperó, trató de agarrarla por los hombros—dijo otro como narrando una batalla épica— deme un piquito le decía mientras trataba de besarla a la fuerza.

—Y vaya si le dio pico. La Torita le pateo los bajos y se soltó rápido, lo correteo con el pico de escarbar la tierra por todas las caletas hasta que tropezó ella y se fue de jeta. Pobrecita.

—Entonces el lobo se devolvió para cogerla a patadas… —y el que lo dijo ahora hablaba como narrando un partido de fútbol— cuando ya pensamos que la iba a reventar Boliqueso lo frenó con un puño directo al hígado, yo creo que le dolió hasta en los ancestros. Se agarraron, se revolcaron en el piso entre una nube de polvo de la que salían extremidades furiosas, sangre, babas, sonidos de golpes secos y pedazos de uniforme rotos por la contienda. Al final nos tocó pararlos, el Lobo los quería fusilar ahí mismo, pero apareció Miss Universo, su amigo; llegó llorando, solo y pálido como un fantasma.

—Yo pensé que nos estaban atacando las ánimas de los recluticas muertos. Pero estaba vivo, el bobo este estaba vivo. Pendejo, casi nos mata del susto. —Dijo otra de las sombras y se llenó de rabia al recordar— el comandante salió de inmediato a verificar, la escuadra con la que lo mandaron había caído en combate, Miss Universo lo decía chillando como un perro herido.

Los emboscaron, los encerraron, no tenían oportunidad. Una emboscada es más difícil, uno no puede mandar niños armados con palos para que hagan la mímica de disparar y gasten en ellos las balas; toca luchar y el que sorprende es el que gana… Miss Universo se salvó, se escondió entre los cuerpos que caían como moscas, no fue pendejo en el campo de batalla, pero se devolvió... Lástima… al Lobo comandante no le gustan los cobardes.

Algunas noches los animales guardan silencio, tanto así que pueden escucharse las campanas de la iglesia incluso en la parte más alejada del campamento. Ese silencio fulminante era simplemente aterrador, solo servía para anunciar la muerte durante el paso implacable de las horas. Esa noche escucharon la campana con claridad, como un tiro que con su tenebroso ritmo y con la luna en posición cenital alumbran la tragedia; las ramas se extendían como manos suplicantes y los rostros hambrientos del

pelotón se llenaban de impaciencia.

—Ojalá los maten rápido —decían quienes ya tenían sueño.

El Lobo y el Loro comandantes aparecieron puntuales para organizar la ejecución. Normalmente un pelotón completo se encarga de disparar en sincronía para agilizar, para hacer más humano el fusilamiento, pero en esta ocasión era Ángel que con sus temblores de rodilla, sus sollozos atrapados en la garganta y las lágrimas represadas al borde de los ojos, completaría la tarea que les permitiría a los demás irse a dormir.

Todos sin excepción conocían la historia que puso al grupo de amigos en esta posición, pero ninguno se atrevía a contradecir la versión oficial del superior a cargo, pues no querían tener el destino de Boliqueso ni de tantos otros que quisieron ser justos o valientes. Sin mayores protocolos el Lobo Comandante leyó el acta de consejo de guerra, que no era otra cosa que el documento para formalizar con supuestos protocolos de justicia aquella ejecución.

11.Acta de guerra no 2002-10

Por la cual se determina consejo de guerra por acciones de beligerancia, sedición, traición, indisciplina, cobardía, irrespeto y acoso sexual a comandante. Los milicianos relacionados serán juzgados de manera justa por el consejo y el jurado de conciencia.

Defensa (una sombra cualquiera): Aunque el comportamiento de los milicianos implicados desafía las bases de la autoridad, la reciente integración de los dos muchachos y la efectividad operativa del ranchero, además de las bajas sufridas durante la última emboscada, hacen necesario mantenerlos vivos bajo el concepto de falta gravísima y de recibir los castigos de trabajo físico correspondientes.

Fiscal (el Lobo Comandante):

El compromiso con la causa es el compromiso con las leyes que nos rigen. Si permitimos que cualquiera, por más nuevo o efectivo que sea, burle nuestras tradiciones revolucionarias, pronto nos convertiremos en un

grupo de zarrapastrosos en vez de una institución que representa el futuro de la patria.

Defensa:

El incidente en cuestión es el resultado de un malentendido que involucra una serie de coincidencias desafortunadas. Es probable que el miliciano Boliqueso interpretara como acoso las atenciones que el Lobo Comandante tuvo con la Torita, y ella ofuscada por los trabajos físicos aprovechó para desatar una trifulca y evadir el deber. También fue desafortunado el hecho de que Miss Universo se escapara del combate y no permaneciera con su escuadra hasta las últimas consecuencias. En vista de la confusa situación debe considerarse falta gravísima y asignarse un castigo ejemplar al servicio de nuestro movimiento.

Fiscal:

Muchas personas han entregado la vida por el bienestar del movimiento; no podemos por lo tanto permitir que la indisciplina y la rebelión destruyan la unidad y arriesguen nuestra causa máxima, la revolución. Permanezco firme en sancionar la pena máxima.

Asamblea:

Alias Chicharrón:

Nuestro objetivo no es defender a los revoltosos sino defender la revolución, además cometieron varios delitos y faltas, yo digo que merecen la pena máxima.

Alias Piernas locas:

Si permitimos esto hoy, luego será peor, yo apoyo la pena máxima.

Alias Sabandija:

Esto va a ser muy duro sin las arepas de Boliqueso, pero… pena máxima.

Defensa:

Por la sazón de Boliqueso y la dificultad que representa entrenar nuevos combatientes aguerridos como estos dos, mi recomendación es sanción drástica.

Fiscal:

Teniendo en cuenta la intervención de la asamblea, ordeno la pena

máxima, esto es fusilamiento.

Jurado de conciencia (las demás sombras temerosas y hambrientas):

En uso responsable de nuestras facultades, determinamos que los implicados quedan sometidos a la pena máxima. Fusilamiento a la media noche.

12. ¡Tres!

Los guerrilleros se organizaron detrás de Ángel en media circunferencia. Algunos, tan acostumbrados a la repentina muerte de sus camaradas, comían moras y pequeños frutos salvajes, como quien asiste al debut de una película taquillera. Los dos comandantes se ubicaron detrás del verdugo de turno, le entregaron la vieja bota de su padre y un cargador para el fusil con cincuenta balas.

—Descárguelo con gusto, como rociando las matas, haga sentir orgulloso a su taita. Ahí le traje la bota para que lo vea— dijo el Lobo comandante mientras le daba codazos en la espalda.

Ángel nuevamente sintió que en su garganta habitaba un regordete piojo de lengua, una babosa gigante o un caracol de coraza espinosa asfixiándolo desde adentro. Estaba desarmando una bomba que estallaría en su cara. Las rodillas, los codos, los dientes, todo le temblaba como si fuera a desbaratarse de la angustia, como si fuese un niño de gelatina de limón a punto de colapsar bajo el peso de su ingenua conciencia. Miraba directamente a sus compañeros, pero solo encontraba desesperación profunda de vuelta; incluso pensó en voltearse y disparar a todos los presentes, pero los comandantes estaban demasiado cerca y alerta para que no se repitieran los actos de Don Ángel.

—Cuento hasta tres, si no dispara, nosotros nos encargamos. —ladró el Lobo Comandante mientras el Loro guardó silencio.

La media circunferencia de guerrilleros empuñó inmediatamente los fusiles. Ahora las miras estaban puestas en los condenados y en la nuca de Ángel que aún temblaba, sudaba y lloraba con lágrimas y con mocos.

—Uno.

Ángel sintió el grito como un culatazo de fusil directo al corazón.

—Dos.

El piojo de lengua en su garganta se aferró con patas puntiagudas a su alma y su conciencia; sintió que le estrujó hasta las tripas, estaba paralizado. Solo la imagen de su sangre sobre el suelo nutriendo las semillas pasaba por su mente, eso, y unas ganas incontenibles de defecar.

— ¡Tres!

Ángel no disparó. Una detonación instantánea lo golpeó en la nuca. Se revolcaba en el suelo intentando contener el dolor. El zumbido en los oídos era insoportable y su cabeza era como una vieja campana reventada a porrazos. El niño daba vueltas desesperadas en el suelo intentando detener el mundo que giraba alrededor. Aturdidos y desequilibrados, los tres condenados, el verdugo de turno, los comandantes y los demás guerrilleros se levantaron lentamente del suelo; todos estaban confundidos por la repentina explosión; nadie alcanzó a disparar; todos observaban absortos el cielo plagado de llamas fugaces. Alguien había dinamitado la caleta de los superiores, y los calzoncillos de corazones verdes, azules y rosados del Lobo comandante volaron por el aire afeando brevemente las estrellas.

13.Amapolero

Los centinelas que vigilaban el perímetro del campamento se agruparon rápidamente; los milicianos presentes rodearon a los comandantes y los ubicaron a la fuerza en una trinchera subterránea. Los que no estaban protegiendo la trinchera comenzaron a rodear con cautela los escombros de la explosión. Los comandantes temían lo peor, una emboscada militar o un bombardeo de algún avión fantasma. Llevaban demasiado tiempo enviando desde la comodidad de sus barracas la carne de cañón para la guerra que los alimentaba y habían perdido su instinto en el campo de batalla. A su orden, miles de niños y jóvenes marchaban sin retorno y esa noche los comandantes descubrieron en silencio su propia cobardía, sintieron sus fusiles como endebles ramas de sauce, replegados en la oscuridad, rezando en secreto al dios al que le habían enviado tantas ánimas benditas.

Pequeñas cuadrillas corrían en desorden intentando comprender la procedencia del ataque, estaban tan nerviosos que abrían fuego amigo cada tanto. Desde la trinchera subterránea escuchaban los disparos e imaginaban una tropa incontable de soldados masacrando a sus camaradas. Muchos huyeron entre los matorrales pensando que todo

estaba perdido; el llanero solitario apareció de repente y liberó a los tres condenados, ya nadie les prestaba atención por la revuelta. Ángel se quitó el fusil, lo arrojó al suelo con rabia y abrazó con fuerza a sus dos amigos, el emotivo momento fue interrumpido por Boliqueso y el Llanero Solitario. Los sacaron del campamento. Allá en el monte los esperaba el burro guerrillero. Encaramaron a los niños en el lomo del animal mientras el llanero solitario acariciaba la fibrosa cabeza de conejo gigante:

—Nosotros nos defendemos solos. Me cuidan al burrito, se llama Amapolero.

El Llanero Solitario dio una palmada explosiva y sonora en el trasero del animal, de manera que este salió corriendo por el monte como si lo hubieran abaleado. Amapolero no tenía ningún tipo de montura, los niños brincaban en su espalda sujetándose apenas de la crin despeinada y de los relieves huesudos de su cuerpo. El burro guerrillero atravesó el monte como un rayo desgreñado; los troncos, los acantilados, los riachuelos y las serpientes boca de algodón quedaban en el camino apenas como imágenes fugases de un carrusel desbocado. Cuando llegaron a la zona sembrada de minas quiebrapatas Ángel cerró los ojos con fuerza y se imaginó por un instante volando por los aires cual feria de carnicería.

—Aquí fue, aquí quedamos —pensó para sí mismo.

Sin embargo el burro pasó sin detenerse con un par de brincos largos y siguió desandando a toda marcha el último camino conocido. Algunas horas después el animal aminoró la velocidad y comenzó a trotar con paso tranquilo. A lo lejos, la luz del amanecer asomaba tras las montañas y bañaba lentamente las calles adormecidas del pueblo. La escena parecía un sueño luego de semejante desventura; los niños se pellizcaban mutuamente para comprobar el dolor propio de la realidad. Una euforia incontenible mezclada con rabia, con duda, con ganas de volver en el tiempo para dar un coscorrón en la cabeza a esos mocosos ingenuos que marcharon a la guerra como si de un juego se tratara; pero no había vuelta atrás, Amapolero iba directo al pueblo, como todos los burros que pasan por la guerra, él también quería un nuevo comienzo.

A las afueras del pueblo se encontraron con un grupo de jinetes del ejército nacional ensillando gigantescos caballos de paso fino que debían escoltar con arrogancia el desfile principal. El burro guerrillero que no toleraba a las bestias militares, se quedó escarbando entre las flores amarillas de un potrero cercano. Desde el parque central se escuchaba la música fuerte y a un presentador anunciando el concurso de la gran cabalgata infantil después de la misa prometiendo grandes premios.

— ¡Jean Claudio! Podemos concursar a lomo de Jean Claudio —dijo Lina

recuperando su sonrisa…

—Nos pueden descalificar por entrar montando una mula —agregó Ángel liberando una explosiva carcajada.

—Y si mejor entramos a lomo de Torita…—remató Jean Claudio sin recibir respuesta.

La alegría regresó a los niños con una ráfaga de libertad; la sonrisa salió de aquella jaula de silencios y los dientes amarillos se reencontraron de nuevo con la luz del sol. Abrazados, con las cabezas juntas como quien posa para una foto y tomados de la mano, comenzaron a girar y a cantar lo único que habían aprendido en la escuela con verdadero entusiasmo:

– Ahí va, la lora ahí va, con su lorito atrás, si la lora se me muere, ¡Ay! No sé qué va a pasar.

Repetían una y otra vez las únicas líneas de la canción de las que los tres estaban seguros. Mientras cantaban, mariposas blancas y diminutas salían espantadas revoloteando alrededor; una ráfaga de viento despojó de sus pétalos naranjas y rosados a los guayacanes circundantes, decorando con un torbellino de color su paso a esa celebración que anunciaba el comienzo de sus nuevas vidas.

El coronel a cargo de la caballería, que preparaba su entrada al pueblo durante el desfile, entró en alerta por el bullicio de los niños; se acercó con sigilo pensando que se trataba de algún tipo de espanto matutino, y como era un tipo creyente se echó la cruz varias veces antes de avanzar. Cuando ubicó a los protagonistas de semejante alboroto, no tardó en darse cuenta de sus sucios y maltrechos uniformes de guerrilleros. En seguida dio aviso a sus francotiradores para ajusticiarlos desde lejos, pero estos le recomendaron capturarlos como trofeo; nada mejor para aquellas fiestas que lucirse con tres guerrilleros presos.

Los niños fueron rodeados de inmediato por un grupo de jinetes y de caballos encabritados, sudorosos, babeantes y de ojos enloquecidos, intimidando mucho más que los escuálidos jinetes montados en su espalda.

—Son guerrilleros señor, pero están desarmados —dijo uno de los soldados.

—Sería bueno ajusticiarlos, el único guerrillero bueno es el guerrillero muerto —dijo otro babeando ansioso como los caballos.

— ¡Silencio! —Gritó el coronel— pude que sean guerrilleros, pero son muy jóvenes como para decir que los matamos en combate. Amárrenlos atrás de la cabalgata como trofeos para la Virgen del Carmen, que recojan el estiércol de los caballos, que la gente vea cómo hacemos justica con estos delincuentes. Inmediatamente fueron amarrados del cuello con lazos, y el soldado raso a cargo de recoger el excremento, incapaz de ocultar su sonrisa, entregó una carretilla y tres palas a los prisioneros. Un jinete se mantuvo atrás sujetando el lazo que ataba a los niños, obligándolos a mantener el paso y evitar además cualquier intento de fuga.

Al ingresar a la calle principal que conducía al parque, los niños divisaron a los concursantes de la cabalgata infantil; pasaron junto a una fila de mocosos disfrazados de vaqueros montando una docena de caballos de juguete probablemente comprados al mismo vendedor en el parque. Había también algunos unicornios hechos con palos de escoba y adornados con papeles de colores, un par de caballos de cartón decorados con pinturas fosforescentes y algunos desafortunados perros ensillados cargando niños regordetes.

Los rostros orgullosos de los espectadores tras la marcha triunfal de la caballería que representaba la justa lucha del estado y de la gente de bien, cambiaron de repente al encontrarse con esos niños arrastrados como perros, sometidos de la manera más humillante a recoger, con saco al hombro, los desechos de la guerra. Pronto la gente reaccionó al degradante espectáculo en que los jinetes militares pisoteaban el orgullo de los niños; por alguna razón esta vez decidieron no soportarlo en silencio y comenzaron a lanzar lo que tenían a la mano, restos de comida, cáscaras de fruta, envases de bebidas y hasta un par de zapatos volaron por todos lados; uno de los improvisados protestantes incluso le arrebató el saco lleno de excremento a Lina y lo arrojó sobre los militares. El abucheo se extendió durante todo el desfile hasta que la caravana llegó a la plaza central. Allí, el general que debía esperar con orgullo a sus tropas, estaba avergonzado como nunca en su vida ante aquella ridícula escuadra que contrastaba con la imagen de fuerza letal lista para matar… De inmediato, y para resolver las dudas de la multitud preguntó con furia:

— ¿Qué es este desagradable espectáculo?

—Señor, antes de salir capturamos unos guerrilleros y pensamos que era buena idea hacerlos recoger el excremento de los caballos, pero parece que a la gente no le gustó, serán guerrilleros los de este pueblo —dijo el coronel intentando justificarse.

—Estos no son guerrilleros gran pendejo, son niños. Si tanto le afana la limpieza búsquese rápido una pala, porque en adelante estará usted a

cargo de la boñiga. Señor Coronel Boñiga.

Jamás se había visto la reacción de la gente disparada de ese modo, y mucho menos a favor de tres campesinos de la montaña. Cada uno de los presentes se imaginó allí, sometido por la tiranía de la guerra, limpiando injustamente los desechos de ésta. Los niños fueron liberados de inmediato y el general se acercó a ofrecer una sentida disculpa:

—En nombre del ejército nacional les pido perdón, si en algo podemos ayudar, cuenten con nuestro apoyo.

—Déjeme concursar en la cabalgata infantil, señor —dijo Ángel sin esperar opinión de sus amigos.

—Por supuesto, pero no tienen caballo, ¿les consigo uno con el vendedor del parque?

—No se preocupe señor, yo lo resuelvo —dijo Ángel con total seguridad y se retiró junto a sus compañeros.

Apenas salieron de la vista del general, Lina y Jean Claudio reclamaron de inmediato con miradas de desconcierto, pero al parecer Ángel sabía lo que hacía. Les pidió buscar un par de puntillas, una de las palas para recoger boñiga, un par de tapas de gaseosa y dos hojas de laurel. Lina y Jean Claudio se fueron en busca del misterioso encargo sin hacer preguntas adicionales. Faltaban solo 15 minutos para que iniciara la competencia. Casi a contra reloj lograron armar el extraño esperpento y Ángel subió a la tarima en representación de sus compañeros.

Desfilaban orgullosos los demás competidores con caballos bien hechos, de colores brillantes, de materiales delicados y acabados precisos que por un breve momento le hicieron dudar; Ángel fue el último en presentarse, pero la seguridad con que ordenó los materiales para la construcción de su ejemplar, pronto se transformó en un manojo de nervios difícil de tragar; con tímidos saltos simulaba una cabalgata sobre la tarima; la gente de inmediato comenzó a reír, el cuerpo del caballo era el mango de la pala, los ojos un par de tapas de gaseosa, las orejas dos recortes de una vieja correa, los estribos un cordón azul de algún zapato y la cabeza aquella inseparable bota desgastada que lo acompañó durante toda la aventura. Las carcajadas de los pobladores aumentaban, haciendo que sus extraños movimientos dieran paso a maniobras más acertadas; tal vez ahora parecía una estrella de rock brincando por el escenario, cabalgando sobre su infancia renacida, haciendo piruetas que el pueblo entero celebraba. El jurado no tuvo otra opción, la gente gritaba en coro y hasta en rima:

— ¡El niño de la bota es el ganador! ¡El niño de la bota es el mejor!

— ¡El niñito de la bota es un campeón!

—¡Su caballo es reciclado, qué emoción!

Las insistentes proclamas del publico viajaron a toda velocidad por el poblado, la noticia de un niño con una bota se propagó de casa en casa, de persona en persona hasta que en el campamento de desplazados alguien comentó y comenzó la discusión:

—Imagínense, un niño montado en una burra vieja se va a ganar la cabalgata infantil. Dicen que es guerrillero, seguramente tenía comprado el premio con plata de los terroristas.

—¿No era una loca a lomo de una vaca vieja?

—No señor, era un niño a lomo de una bota vieja

—Ustedes se creen cualquier cosa, el premio se lo ganó un niño a lomo de una lora vieja.

—¿Cómo va a aguantar una lora el peso de un niño?

—¡De la misma manera en que un niño puede ir a lomo de una bota vieja, gran pendejo!

Pronto la acalorada discusión se transformó en gritos e insultos. Repetían lo mismo, cada quien desde su certeza. No tardó el bullicio en sacar a la mamá de Ángel de su consternación con tres palabras que llegaron como balas perdidas contra su corazón desierto: Niño, Bota, guerrillero.

De inmediato y sin apenas probar el guiso de animales inciertos que tenían por desayuno, la mamá de Ángel emprendió la marcha hacia el pueblo. Al ver el paso decidido de la señora, muchos de los desplazados intentaron detenerla para evitar algún castigo, no existía persuasión suficiente. La mamá de ángel fue directo al pueblo como un río que encuentra el paso hacia el corazón del mar. Los militares ubicados a las afueras del poblado también intentaron detenerla, un rodillazo en el entrepierna de un flacucho soldado raso intimidó al resto, dieron paso como una calle de honor de niñitos asustados, y es que eso eran.

Prosiguió su camino abriendo paso a codazos, patadas y empujones; volaban señoras, niños, globos, gatos, perros, ancianos y manzanas acarameladas. En su corazón crecía como una bandada de mariposas la certeza de que su hijo estaba allí. Al llegar a la tarima la mamá de Ángel vio un montón de niños embadurnados con colores y papeles, hizo un rápido recorrido con la mirada, justo en el centro, un jurado declaraba el

primer premio y entregaba un sobre amarillo al niño de la bota, la gente lo aclamaba, y ella, pasmada por el milagro de reencontrarse con su hijo solo pudo seguir avanzando con las fuerzas que le quedaban hasta la tarima, se subió como pudo, la gente aplaudió con mas fuerza, los dos, Ángel y su mamá por un momento quedaron congelados, no podían creerlo pero después de tanto estaban allí, juntos nuevamente. El aplauso por el reencuentro duró tanto como lo hizo el abrazo que se dieron, a nadie le importó ampollarse un poco las manos ante semejante alegría. Esta es la única victoria que puede esperarse de la guerra.